

LA ESFERA MALDITA

Joseph Berna

CIENCIA FICCION

Año 2125.

La Tierra era un mundo superpoblado y se había hecho necesario para muchos abandonarlo e instalarse en el resto de los planetas del Sistema Solar o en alguno situado en el sistema Alfa Centauro.

La vida en el pequeño y cálido planeta Ankiro, muy similar a la Tierra, era cómoda y tranquila y sus pocos habitantes se dedicaban mayormente a la agricultura trabajando sus grandes propiedades.

Un día caluroso de finales de semana, realizando sus labores habituales en el campo, un joven granjero encontró enmedio de su plantación de tomates, una pequeña esfera perfectamente redonda y formada por cientos de cristales diminutos, brillante como si se tratara del más valioso de los diamantes y sonrió…

Joseph Berna

La esfera maldita

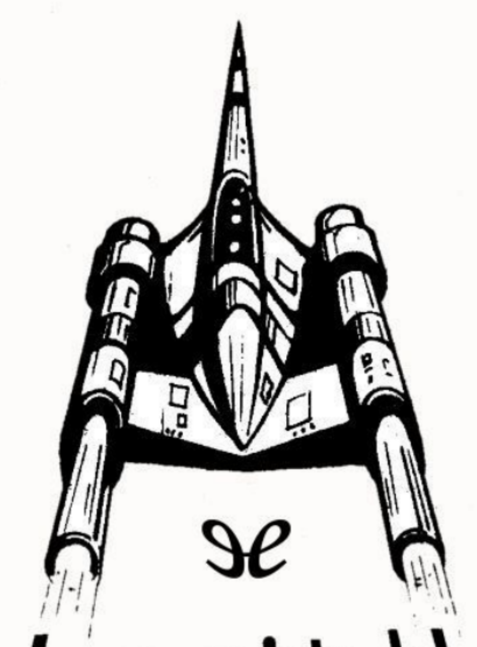
Bolsilibros: La Conquista del Espacio - 548

ePub r1.0
Titivillus 14.04.2020

Título original: *La esfera maldita*
Joseph Berna, 1981
Cubierta: Luis Almazán

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





La conquista del ESPACIO

Capítulo primero

Ankiro era uno de los varios planetas, pertenecientes al sistema Alfa Centauro, que se hallaban habitados por seres terrestres.

Se había llegado ya al año 2125 y la Tierra era un mundo superpoblado, habiéndose hecho necesario para muchos abandonarlo e instalarse en el resto de los planetas del Sistema Solar o en alguno de los del sistema Alfa Centauro.

Ankiro, aunque relativamente pequeño, pues su diámetro ecuatorial apenas sobrepasaba los 4000 kilómetros, era un planeta ideal para vivir en él, ya que su atmósfera era muy parecida a la de la Tierra, así como su temperatura, debido a que se hallaba a la misma distancia de la estrella que proporcionaba luz y calor a los planetas del sistema Alfa Centauro, que la Tierra del Sol.

En Ankiro, pues, no era necesario construir las ciudades bajo herméticas cúpulas de sólido material transparente, que las protegieran de una atmósfera nociva o insuficiente y de temperaturas extremas, ni llevar trajes especiales cuando se salía de ellas.

La vida en el pequeño y cálido Ankiro era cómoda y tranquila, y las personas que se habían instalado en él no se hallaban en absoluto arrepentidas de haber abandonado la Tierra.

El Gobierno terrestre, por otra parte, había dado las máximas facilidades, proporcionando viviendas a un precio muy asequible y entregando gratuitamente amplias parcelas de terreno a todo aquel que las solicitaba, con la única condición de que debían cultivarlas para obtener de ellas un rendimiento que se estimaba necesario para el bien de todos.

Quienes preferían el campo a la ciudad, y gustaban de cultivar la tierra, habían aceptado encantados las hermosas parcelas que tan desinteresadamente ofrecía el Gobierno terrestre y vivían muy felices en ellas.

Era el caso de Iván Kotur, un joven de veinticinco años de edad, alto y robusto, de pelo rubio y facciones simpáticas. Su parcela estaba mejor situada que ninguna, sin lugar a dudas, y en ella crecían las hortalizas más hermosas y los frutos más sabrosos, que despertaban la envidia de sus vecinos.

Iván era trabajador como pocos y apenas amanecía, abandonaba la cama y comenzaba su tarea, en pantalón corto y camiseta. Cuando la temperatura subía, se despojaba de la camiseta y seguía trabajando con el torso desnudo.

Así, exhibiendo sus vigorosos músculos pectorales, brillantes de sudor, lo encontró Wendy Nash cuando llegó con su cinturón-cohete.

Wendy vivía en Laser City, la ciudad más próxima a la parcela de Iván. Se alzaba a unos sesenta kilómetros, aproximadamente.

Wendy Nash era una buena amiga de Iván Kotur. Contaba solo veintidós años de edad y tenía el pelo negro, los ojos pardos y una boca preciosa.

Wendy se posó en el suelo, cerca de Iván, entre unas hermosas tomateras de las cuales se estaba ocupando el dueño de la parcela.

—¿Cómo estás, Iván? —preguntó la joven, con una sonrisa, mientras se despojaba del cinturón-cohete.

—Encantado de verte, como siempre —respondió él, interrumpiendo su trabajo.

—Demuéstramelo —pidió Wendy, picaronamente.

Iván fue hacia ella, rodeó su delgada cintura y la besó en los labios, golosamente.

Wendy, por su parte, le ciñó el musculoso cuello con sus desnudos brazos y se apretó contra él.

Wendy vestía un traje muy corto, de una sola pieza, verde y brillante, que le permitía lucir sus largas y armoniosas piernas, maravillosamente bronceadas.

Las manos de Iván descendieron y aprisionaron las esbeltas nalgas femeninas, oprimiéndolas una y otra vez, mientras seguía saboreando los carnosos y dulces labios de Wendy, que ella le ofrecía, complacida.

Permanecieron abrazados casi cinco minutos, y en ese tiempo, Iván acarició también los prietos y suaves muslos de Wendy y tanteó sus jóvenes y erectos senos por encima del traje, sin decidirse

a tirar de la cremallera y acariciarlos al natural, como tantas veces había hecho.

Cuando separaron sus bocas, que no sus cuerpos, Wendy preguntó:

—¿Tienes plan para este fin de semana, Iván?

—Todavía no. ¿Y tú Wendy?

—Tampoco.

—¿Qué te parece si…?

—¿Por qué crees que he venido a verte?

Iván le mordió suavemente el labio inferior.

—Eres un encanto de chica, Wendy.

—Y tú la clase de hombre que a mí me va —repuso ella, haciéndole cosquillas en la nuca.

—Vamos a pasar un fin de semana estupendo.

—Seguro.

Volvieron a besarse y luego Wendy preguntó:

—¿Quieres que traiga algo de Laser City?

—No, no necesito nada. Tengo la despensa casi a tope.

—Magnífico. Hasta mañana, pues, Iván.

—¿Te marchas ya…?

—Sí, no quiero entorpecer tu trabajo.

—No digas tonterías. Quédate unos minutos más.

—Como quieras.

—¿Te apetece un refresco, Wendy?

—Oh, sí, muchísimo.

—Entremos en la casa.

Caminaron hacia ella, cogidos de la cintura.

La casa de Iván Kotur no era muy grande, pero sí moderna y confortable. Constaba de dos plantas y tenía una preciosa terraza.

Iván y Wendy entraron en la casa.

Segundos después, cómodamente sentados en un sofá, tomaban sendos refrescos, entre caricias y algún que otro beso.

La mano diestra de Iván jugueteó con el cierre de la cremallera del traje de Wendy, decidiéndose por fin a tirar de él con suavidad.

—Ya sé por qué querías que me quedara unos minutos más —sonrió maliciosamente la muchacha.

—No te arrepentirás.

—Seguro que no.

Iván deslizó su mano por la abertura del traje y acarició los erguidos senos de Wendy, tibios, tersos, maravillosos, percibiendo cómo se estremecían al contacto de sus dedos.

La joven cerró los ojos y emitió un dulce gemido de placer, quedando con los labios entreabiertos.

Iván los cubrió con los suyos, en un tierno beso, y luego los mordisqueó deliciosamente, sin dejar de acariciarle los pechos.

Wendy dejó escapar otro gemido y musitó:

—Iván…

—¿Qué?

—Si no tienes tiempo para hacerme el amor, es mejor que no sigas besándome y acariciándome así.

—Sí que lo tengo, Wendy.

—¿Y los tomates…?

—Ya seguiré con ellos después.

Wendy lo abrazó amorosamente.

—Eres un tipo estupendo, Iván.

—Tú sí que eres estupenda.

Wendy se dejó caer de espaldas en el sofá, arrastrando suavemente a Iván, quien no tardó en despojarla del traje y del tenue pantaloncito rosa que la muchacha llevaba debajo.

Iván cubrió de besos y caricias el cuerpo desnudo de Wendy, que vibró de deseo, y luego la poseyó, gozando intensamente los dos con la unión íntima de sus cuerpos, como siempre que hacían el amor.

Después, tranquilos y relajados ya ambos, Wendy acarició tiernamente el rubio cabello de Iván y dijo:

—Gracias, Iván.

—¿Por qué? —preguntó él, besándola en el hombro.

—Por haberte olvidado de tus hermosos tomates.

—Tú eres más hermosa que mis tomates —sonrió Iván, besándole ahora ambos senos.

Wendy sonrió también y le obligó a levantar la cabeza.

—¿Sabes que es la primera vez que alguien me compara con un tomate?

—¿Te ha molestado?

—¡No! —rio la joven.

—Tienes una risa preciosa, Wendy.

—¿Solo la risa?

—Todo lo tienes precioso.

—Muy amable, Iván. Ahora deja que me vista. Yo tengo que regresar a Laser City y tú a tus tomates.

—Si, tienes razón —sonrió Iván, retirándose.

Un par de minutos después, salían los dos de la casa.

Caminaron hacia el lugar en donde Wendy dejara su cinturón-cohete.

La joven se lo colocó y ató las correas.

—Hasta mañana, Iván.

—¿A qué hora vendrás? —preguntó él.

—Estaré aquí alrededor de las siete. ¿Te parece bien?

—Sí, magnífico. Ya habré terminado mi trabajo y seré todo tuyo.

—Y yo toda tuya, Iván.

Se dieron un beso de despedida y Wendy Nash puso en marcha su cinturón-cohete, elevándose inmediatamente.

—¡Adiós, Iván!

Iván Kotur agitó el brazo.

—¡Soñaré contigo, Wendy!

La muchacha rio alegremente y siguió alejándose, desapareciendo poco después tras una colina.

Iván volvió a ocuparse de sus tomateras.

De pronto, entre ellas, encontró algo que le maravilló, al tiempo que le llenaba de perplejidad.

Se trataba de un esfera, perfectamente redonda, algo mayor que la cabeza de un bebé recién nacido. Parecía estar formada por cientos de cristales diminutos, los cuales despedían un brillo fulgurante, casi cegador, como si se tratara del más valioso de los diamantes, de la joya más preciosa y preciada.

Iván Kotur no pudo resistir la tentación de tomarla con sus manos para observarla de cerca. Ello le produjo una extraña sensación, una especie de hormigueo en la sangre, que pareció correr más de prisa por sus venas.

Debía de ser la emoción.

Porque Iván estaba emocionado, sí; profundamente emocionado.

Ignoraba cómo diablos había ido a parar allí, bajo sus tomateras, pero Iván estaba seguro de que la maravillosa esfera que ahora descansaba en sus manos tenía un gran valor.

Un valor incalculable.

Iván la sopesó.

La preciosa esfera era más bien ligera.

Un kilo o kilo y medio, como mucho.

Iván Kotur, tan nervioso como jubiloso por el extraordinario hallazgo, volvió a olvidarse de sus tomateras y corrió hacia la casa, deseoso de guardar en ella la hermosa y destellante esfera.

Por el momento, no quería que nadie supiese que la había encontrado. Antes tenía que averiguar muchas cosas sobre ella.

Aquella tarde, Iván ya no trabajó más.

Se le hizo de noche contemplando fijamente la misteriosa esfera.

Ni siquiera mientras cenaba dejó de contemplarla.

Cuando se fue a dormir, la llevó con él a su habitación.

Tendido en la cama, siguió observando la esfera un buen rato.

Finalmente, la dejó sobre la mesilla de noche y se durmió.

Cuando, al nacer el día, se despertó, Iván Kotur miró rápidamente hacia la mesilla de noche, temiendo que todo hubiera sido un sueño, que no existiese realmente la fantástica esfera.

Pero no.

La esfera seguía allí, tal y como él la dejó.

Iván lanzó un suspiro de alivio y alargó la mano hacia la mesilla de noche, para tomar la esfera.

¿La mano…?

¡*Aquello* no era una mano!

Iván Kotur lanzó un chillido de horror y, con ojos desorbitados, a punto casi de saltarle de las cuencas, se miró aquella alucinante *cosa* que tenía al final de su brazo derecho, en lugar de una mano.

¡Y lo mismo le sucedía a su brazo izquierdo!

¡Ya no tenía manos!

¡Tenía aquellas *cosas*, horribles!

¡Espantosas!

¡Espeluznantes!

Iván Kotur, incapaz de seguir contemplando aquella increíble y horrorosa visión, dio un nuevo grito y se desvaneció.

CAPÍTULO II

Milton Derek, pintor de profesión, vivía en Laser City desde hacía poco más de tres meses, y se hallaba bastante contento de cómo le iban las cosas en Ankiro.

Había pintado alrededor de una docena de cuadros en ese tiempo y los había vendido casi todos. No a un precio demasiado elevado, pero que él estimaba justo.

Milton tenía veintiocho años, y era un tipo de cuerpo largo y atlético. Moreno, ojos castaños, facciones varoniles… Las mujeres lo encontraban muy interesante, y muchas de ellas se lo habían demostrado desde que él se hiciera hombre.

Como, por otra parte, a Milton Derek le encantaban las mujeres, no rechazaba a ninguna de las que, tan desinteresadamente, se ofrecían para compartir su cama una o varias noches.

Para aquel fin de semana había recibido varias proposiciones, pero Milton todavía no se había decidido.

Y tendría que hacerlo pronto, pues ya eran las cinco de la tarde.

En Ankiro, los días y las noches tenían la misma duración, aproximadamente, que en la Tierra, pues el período de rotación axial era de 24 horas y 28 minutos.

Bajo la ducha mientras se friccionaba vigorosamente el cuerpo con la pastilla de jabón, Milton Derek repasó mentalmente las anatomías de las mujeres con las cuales podía divertirse aquel fin de semana, para ver por cuál se decidía.

Casi tenía hecha ya la elección, cuando escuchó el timbre de la puerta.

—Maldita sea… —rezongó el pintor, porque le sentaba como una patada en el trasero que llamasen a la puerta cuando él estaba bajo la ducha.

No tuvo más remedio que dar por terminada su limpieza corporal, así que cerró la llave de la ducha, atrapó la toalla y se

secó brevemente. Después, se puso una bata corta y, mientras se ataba el cinturón, salió del cuarto de baño y acudió a abrir, descalzo y con el ceño fruncido.

Un segundo después de haber abierto la puerta, el ceño de Milton Derek se desfrunció totalmente, porque la muchacha rubia que tenía ante sus ojos era una verdadera preciosidad. De ahí que la contemplara como embobado.

Ella le sonrió tímidamente y preguntó:

—¿Milton Derek…?

El pintor asintió levemente con la cabeza.

—Yo soy.

—Tiene el pelo mojado… —observó la joven.

—Es que me has pillado bajo la ducha, preciosa.

—Oh, cuánto lo siento, señor Derek.

—No tiene importancia. Y no me llames señor Derek, sino Milton. ¿Cómo te llamas tú?

—Yara, Yara Tyler.

—¿Quieres pasar, Yara?

—Gracias.

Milton se hizo a un lado y la preciosa muchacha de cabellos rubios entró en su casa. El pintor cerró la puerta y observó fijamente a la joven.

Yara Tyler aparentaba unos veintitrés años y lucía un liviano vestido azul brillante, largo hasta los pies y abierto por los lados, adornado con unas cadenillas doradas.

—¿En qué puedo servirte, Yara? —preguntó Milton.

—Soy amiga de Wendy.

—¿Wendy Nash…?

—Sí —asintió la joven.

—Wendy posó para mí hace un par de semanas.

—Lo sé.

—¿Y bien…?

—A mí también me gustaría posar para usted, Milton.

—¿De veras? —se alegró el pintor.

Yara Tyler se mordió los labios.

—Bueno, si he de ser sincera, no me ofrezco a usted como modelo por gusto, sino por dinero. Lo necesito, ¿sabe?

—Entiendo.

—¿Me pagará lo mismo que a Wendy?

—Desde luego.

—Gracias, Milton. ¿Cuándo quiere que empiece a posar para usted?

—Bueno, antes tendré que someterte a unas pruebas… —carraspeó el pintor.

—¿Pruebas?

—Tengo que verte sin ropa, Yara, y estudiar tu cuerpo.

La muchacha se ruborizó visiblemente.

—Estoy… estoy dispuesta, Milton.

—Muy bien —sonrió el artista—. Vamos a mi estudio, Yara. Es por aquí.

La joven siguió al pintor.

El estudio de Milton Derek era amplio y luminoso, pues disponía de dos hermosos ventanales y la parte central del techo era de cristal.

—Cuando quieras, Yara.

—¿No tiene un biombo para desvestirse, Milton? —preguntó ella, buscándolo con la mirada.

—¿De qué te serviría, si luego tendrías que salir de detrás de él? —repuso el pintor, sonriendo.

—Eso es verdad —musitó la muchacha, cuyo nerviosismo era patente.

—No te sientas cohibida, Yara. Yo voy a contemplar tu cuerpo desnudo con ojos de artista, no de hombre.

—Ya lo sé.

—Mientras te desvistes te serviré una copa.

—Gracias.

Milton se acercó a un pequeño mueble bar, ubicado en un ángulo del estudio, y preparó un par de bebidas, de espaldas a su nueva modelo, para que ella se desnudara con más tranquilidad.

Yara se despojó del ligero vestido y quedó en pantaloncito plateado, muy breve. Antes de desprenderse de él, se descalzó. Entonces, preguntó tímidamente:

—¿Tengo que quitármelo todo, Milton?

—Sí —respondió el pintor, sin volver la cabeza.

Yara Tyler ahogó un suspiro y se bajó la prenda íntima, quedando completamente desnuda. Lo hizo de espaldas a Milton

Derek. Y así continuó, sintiendo que sus mejillas ardían.

En realidad, todo su cuerpo ardía, pues su joven corazón bombeaba sangre mucho más de prisa de lo normal, llenándola de calor.

Milton acabó de preparar las copas, con deliberada lentitud, y se volvió.

—Oh, ya estás desnuda…

—Sí.

—Vuélvete, Yara.

—¿Ya me ha estudiado por detrás?

—No.

—Pues hágalo.

—Después.

—¿Después de qué? —preguntó la joven, mirándole por encima de su hombro izquierdo.

—De que nos hayamos tomado la copa —sonrió Milton, acercándose a ella.

—¿Pretende que tome una copa con usted, hallándome totalmente desnuda?

—Te ayudará a tranquilizarte.

—Al contrario, me pondré mucho más nerviosa.

—Ya verás como no. Toma

—Milton le tendió una de las copas.

Yara no tuvo más remedio que volverse, para cogerla.

Esperaba que el pintor bajase rápidamente la vista, para fijarse en sus senos y en el resto de la parte frontal de su cuerpo desnudo, pero él siguió mirándola a los ojos, tranquilo y con una agradable sonrisa en los labios.

—Por ti, Yara —dijo, haciendo chocar ligeramente su copa con la de ella, y tomó un sorbo de licor.

La muchacha le imitó, esforzándose porque la copa no temblara en su mano, cosa que no consiguió.

—Sentémonos en el canapé —indicó Milton.

Yara obedeció, quedando con las piernas muy juntas y los brazos pegados a su busto, cubriendo disimuladamente sus senos.

Milton movió la cabeza.

—No, no, no… —dijo, al tiempo que cogía los brazos de la muchacha y los retiraba de su pecho—. Cuanto más tardes en

vencer tu vergüenza, será peor. ¿Por qué crees que estamos sentados en el canapé, tomando una copa como dos buenos amigos? Quiero que te acostumbres a estar desnuda frente a mí, que te convenzas de que no tiene ninguna importancia, que no va a pasar nada. Para mí es lo mismo que estés desnuda que vestida con un traje espacial, escafandra incluida. No quiero tocarte, solo pintarte. ¿De acuerdo?

Yara Tyler sonrió ligeramente.

—Perdóneme, Milton.

—¿Por qué?

—Por ser tan tonta.

—Tú no eres tonta. Yara: solo vergonzosa. Y eso, más que un defecto, es una virtud.

—Gracias por ser tan comprensivo.

—Bebamos —indicó el pintor.

Levantaron las copas e ingirieron sendos tragos de licor.

Después, Milton preguntó:

—¿A que ya te sientes mejor?

—Sí, mucho mejor.

—Se nota, porque ya no te tiemblan las manos. Ni las rodillas. Y tu cara ya no está tan colorada. Te habías puesto como un tomate, ¿sabes?

—No me extraña. He pasado un mal rato. Terrible de verdad. Eso de quedarse completamente desnuda delante de un hombre al que se acaba de conocer…

—De un pintor, Yara —corrigió Milton.

—Ya sé que no es lo mismo, aunque para mí apenas hay diferencia.

—Bueno, como ya estás mucho más tranquila, ponte en pie y aléjate unos pasos, para que pueda observarte bien —indicó el pintor.

Yara obedeció.

Milton, sin el menor asomo de malicia en sus ojos, contempló el cuerpo desnudo de la muchacha. Un cuerpo alargado y esbelto, sencillamente maravilloso, tanto por delante como por detrás.

Yara, siguiendo las indicaciones del pintor, giraba lentamente sobre sí misma, y Milton pudo estudiar cada una de sus formas.

Tras el largo y detenido examen, Milton Derek se levantó y dijo:

—Puedes vestirte, Yara.

—¿Me contrata, Milton?

—Naturalmente. Posees un rostro muy bello y una espléndida figura. Ningún pintor te rechazaría. Serás una modelo perfecta. Siempre que no te vuelvan los temblores, claro —sonrió el artista.

Yara también sonrió.

—No volverán, no tema.

—Anda, vístete.

Yara se puso el pantaloncito y el vestido, y se calzó, sin ningún nerviosismo ya.

—¿Cuándo empezará a trabajar conmigo, Milton?

—El lunes.

—¿A qué hora tengo que estar aquí?

—A las diez de la mañana. Trabajaremos un par de horas. Y por la tarde, otras dos. De cuatro a seis. ¿Estás de acuerdo, Yara?

—Desde luego.

—¿Quieres un anticipo?

—¡Oh, no! Estoy apurada, pero no tanto.

—No me importaría adelantarte algo, te lo aseguro.

—Lo sé, Milton, y le doy las gracias por ello. Pero no es necesario —sonrió la joven.

—Como quieras.

Salieron del estudio y caminaron hacia la puerta, que el pintor abrió.

—Adiós, Milton.

—Hasta el lunes, Yara. Y procura ser puntual.

—Descuide.

—Deja de llamarme de usted, ¿quieres? Todas mis modelos me tutean.

—De acuerdo —sonrió deliciosamente Yara Tyler, y marchó.

CAPÍTULO III

Wendy Nash estaba metiendo en una bolsa las pocas cosas que necesitaba para ir a pasar el fin de semana con Iván Kotur, cuando llamaron a la puerta.

La joven salió de su dormitorio, cubierta con una bata corta y brillante, descuidadamente cerrada, y acudió a abrir.

—¡Yara! —exclamó alegremente, al ver a su amiga.

—¿Cómo estás, Wendy? —sonrió Yara Tyler.

Se abrazaron y se dieron un beso.

—Estupendamente, chica. ¿Y tú?

—También —respondió Yara.

—Vamos, pasa y charlaremos un rato —invitó Wendy—. Pero no mucho, ¿eh? Tengo que estar a las siete en cierto sitio.

—Oh, entonces será mejor que vuelva en otro momento.

—¡No digas tonterías! Con mi cinturón-cohete puedo plantarme en quince minutos en ese lugar, y no son más que las seis. Tenemos tiempo, Yara.

—De acuerdo, procuraré no entretenerte mucho.

Yara entró en la casa de su amiga y esta cerró la puerta.

—Ven, hablaremos mientras me visto —indicó Wendy, tomando del brazo a Yara y llevándola hacia su dormitorio.

—¿Vas a pasar el fin de semana fuera, Wendy? —preguntó Yara.

—Sí, con Iván Kotur.

—Es un joven muy agradable y muy simpático.

—¿Has hecho el amor con él alguna vez, Yara?

—¡No!

—Yo sí. Docenas de veces. Y es fenomenal, te lo aseguro.

Yara Tyler rio.

—No lo pongo en duda, Wendy. Iván es un tipo sano y fuerte.

—¿Qué te apuestas a que el lunes por la mañana, cuando se levante, ya no se siente tan fuerte? —sonrió con malicia Wendy


Nash.

Yara volvió a reír.

—Eres terrible, Wendy.

Su amiga rio también y se despojó de la corta bata, quedando completamente desnuda. Mientras se vestía, preguntó:

—¿Y tú, Yara?

—¿Yo qué?

—¿Con quién vas a pasar este fin de semana?

—Con nadie.

—¡No es posible!

—Es la verdad, Wendy.

—Una chica tan bonita como tú debe de tener muchas proposiciones.

—No me han faltado, desde luego —sonrió Yara—. Pero no he aceptado ninguna.

—¿Por qué?

—No me apetecía.

—¡Tú eres tonta, Yara!

—Tal vez.

—Vas a aburrirte como una ostra, ya lo verás.

—Wendy…

—¿Qué?

—Vengo de casa de Milton Derek.

Wendy Nash respingó.

—¿Te importaría repetir eso, Yara?

—He dicho que vengo de casa de Milton Derek, el pintor.

—¿Y a qué fuiste allí?

—A lo mismo que tú.

—¿Estás posando para él…?

—Todavía no. Empezaré el lunes.

—¿Te ha visto ya desnuda?

—Sí, esta tarde. Y no me ha encontrado ningún defecto.

—¿Cómo te lo iba a encontrar, si tienes un cuerpo perfecto?

—Gracias —sonrió Yara.

Wendy se acercó a su amiga y le cogió las manos.

—Me alegro mucho de que Milton Derek te haya aceptado como modelo, Yara.

—Yo también.

—¿Lo conocías de algo?

—No, no lo había visto nunca.

—¿Y qué te ha parecido?

—Es un tipo muy correcto.

—Y muy atractivo. ¿O no…?

—Sí, también.

—¿Qué sentiste al quedar desnuda frente a él?

—Un poco de vergüenza.

—Yo no sentí ninguna.

—Te creo —rio Yara.

—¿Sabes lo que sentí yo?

—¿Qué?

—Deseo.

—¡Wendy!

—¿Por qué te sorprendes? Milton Derek es un tío estupendo, y yo me propuse conquistarle. Me insinué sutilmente, él comprendió, e hicimos el amor al término de la primera sesión. Gozamos juntos varias veces más, pero conquistarlo, lo que se dice conquistarlo, no lo conseguí. Milton Derek ha intimado con tantas mujeres, todas ellas jóvenes y hermosas, que es difícil sentir algo distinto. Tal vez tú lo logres, Yara.

—¿Yo…?

—Sí.

Yara Tyler sacudió la cabeza.

—No, no lo creo. Además, no es esa mi intención.

—¿Quieres decir que no te gusta Milton…?

—Sí, claro que me gusta, pero…

—Inténtalo, Yara.

—¿Qué?

—¡Que trates de conquistarlo!

—Wendy…

—¡Vuelve a su casa con cualquier excusa y haz que te invite a pasar el fin de semana con él!

—¡Ni hablar!

—¡Hazlo, pedazo de tonta! ¡Milton Derek es aún mejor que Iván Kotur haciendo el amor! ¡Te derretirás de placer en sus brazos!

—¡Basta, Wendy!

Wendy Nash exhaló un suspiro.

—Está bien, olvídalo. Si prefieres pasarte el fin de semana en casa, leyendo un libro o viendo la televisión, allá tú. Pero yo en tu lugar iría a que me examinara un médico, ¿sabes? No es normal que una mujer joven y sana prefiera eso.

Yara Tyler sonrió y acarició el rostro de su amiga.

—Es posible que siga tu consejo, Wendy.

—¿Volver a casa de Milton Derek…?

—No, ir a ver a un médico, para que me examine.

Wendy le pegó un zarpazo.

—¡Vete a la porra, Yara!

—No te enfades, solo era una broma —rio Yara Tyler.

Wendy Nash consultó su diminuto reloj digital.

—Lo siento, Yara, pero tengo que irme ya. No quiero hacer esperar a Iván.

—Claro que no. Adiós, Wendy.

—Hasta pronto, Yara.

Se dieron un cariñoso beso y Yara Tyler abandonó la casa de su amiga.

Instantes después, Wendy Nash ponía en marcha su cinturón-cohete y se elevaba. Sobrevoló las casas y los edificios de Laser City, y tan pronto como dejó atrás la ciudad aumentó la velocidad de su cinturón-cohete.

Mientras volaba en dirección a la casa de Iván Kotur, Wendy recordó los maravillosos ratos que ella había pasado con Milton Derek, y volvió a llamar tonta con el pensamiento a Yara Tyler por no incitar al pintor a que la invitara a pasar el fin de semana con él.

En fin. Yara se lo perdía.

Ella, en cambio, sí iba a divertirse aquel fin de semana con Iván Kotur.

Eso pensaba Wendy, claro.

La realidad, sin embargo, iba a ser muy distinta.

Dramáticamente distinta.

Horrorosamente distinta.

Wendy Nash, por desgracia para ella, lo iba a comprobar muy pronto.

CAPÍTULO IV

La parcela de terreno propiedad de Iván Kotur apareció a lo lejos.

Wendy Nash redujo la velocidad de su cinturón-cohete y, segundos después, se posaba frente a la casa.

Iván debía de hallarse dentro de ella, pues Wendy no lo había visto por fuera.

—¡Iván! —lo llamó la joven, mientras se desataba las correas de su cinturón-cohete y se desprendía del aparato volador.

Iván Kotur no respondió, lo cual extrañó bastante a Wendy Nash.

No era lógico pensar que hubiese salido a visitar a alguno de sus vecinos, sabiendo que ella iba a venir a pasar el fin de semana con él.

Wendy miró su reloj.

Eran las siete y cinco minutos.

La hora que ella dijo a Iván que llegaría.

Libre ya del cinturón-cohete, Wendy entró en la casa, con la bolsa en la que llevaba las cosas que iba a necesitar.

—¿Iván…? —lo llamó de nuevo.

Solo obtuvo el silencio como respuesta.

Wendy dejó su bolsa sobre el sofá, aquel sobre el cual la tarde anterior Iván y ella hicieran el amor, y buscó al joven por toda la casa.

Al no hallarlo en la planta baja, Wendy subió la escalera de caracol y peldaños transparentes que conducía al piso alto.

—¿Estás ahí arriba, Iván…?

De nuevo silencio absoluto.

Wendy alcanzó el piso alto.

Donde primero miró, fue en el dormitorio de Iván.

Allí estaba él.

Acostado en la cama, con el torso desnudo y la sábana cubriéndole hasta la cintura. Tenía los brazos extendidos a lo largo del cuerpo y las manos ocultas bajo la sábana. Sobre la mesilla de noche, seguía la misteriosa esfera que Iván Kotur hallara la tarde anterior entre las tomateras, y continuaba lanzando fulgurantes destellos por los cientos de diminutos cristales que la formaban.

No obstante, Wendy Nash apenas se fijó en ella.

Solo tenía ojos para Iván.

Un Iván muy quieto, casi rígido, tenso, que miraba a su vez a la muchacha de un modo muy extraño.

Wendy, profundamente impresionada, entró en la habitación y se sentó en el borde de la cama.

—Iván… —musitó.

—Márchate, Wendy —pidió él, con una voz que en nada se parecía a la suya.

—¿Por qué quieres que me marche, Iván? ¿Te encuentras mal?

—No.

—Estás pálido y tienes ojeras… —observó la joven, rozándole las mejillas con sus finos dedos.

—Vete Wendy, por favor.

—Ni hablar. No pienso dejarte en ese estado, Iván.

—Te repito que estoy bien.

—Tú dices que estás bien, pero yo te veo muy mal. ¿Qué te ha pasado, Iván?

—Nada.

—Llamaré a un médico.

—¡No! —prohibió Iván, exaltándose, aunque no por ello sacó sus manos de debajo de la sábana.

Había tal fiereza ahora en su mirada, que Wendy se asustó y se apresuró a decir:

—Está bien, no llamaré a ningún médico, cálmate.

El peligroso brillo de los ojos de Iván Kotur remitió, pero no por ello desapareció el miedo de Wendy Nash.

Iván no parecía el mismo, y la joven se daba cuenta.

¿Qué diablos le ocurría…?

Mientras se hacía esta pregunta, Wendy observó la esfera.

—¿Qué es eso, Iván…?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—No, no lo sé, Wendy. La encontré ayer tarde, al poco de haberte marchado tú.

—¿Dónde?

—Entre mis tomateras.

—Es una esfera preciosa, Iván —dijo Wendy, alargando sus manos hacia ella, para cogerla.

—¡No la toques! —rugió Iván, incorporando el torso con brusquedad, pero cuidando de no sacar sus manos de debajo de la sábana.

Wendy se asustó aún más, y no supo disimularlo.

—¿Por qué no quieres que la toque, Iván…?

—¡Esa esfera es muy peligrosa, Wendy! ¡Está maldita!

—¿Maldita…?

—¡Sí, debió caer del Infierno! ¡Satanás la envió! ¡En su interior vive el espíritu del Mal!

—Dios mío… —musitó Wendy, horrorizada, pero más que por las palabras de Iván, por la forma en que este la miraba ahora, lo mismo a ella que a la esfera.

Era, sin lugar a dudas, la mirada de un loco.

De un trastornado mental.

De un enfermo, capaz de cometer cualquier barbaridad.

Wendy Nash, pálida y con un perceptible temblor en los labios y en las manos, preguntó:

—¿Por qué… por qué dices eso, Iván…?

Iván Kotur descansó nuevamente su cabeza en la almohada y murmuró:

—Mejor que no lo sepas, Wendy.

—Quiero saberlo, Iván.

—Te horrorizarías.

—Ya estoy horrorizada.

—Por favor, márchate.

—¿Ya no quieres que pasemos el fin de semana juntos, Iván?

—No, no quiero. Ni este, ni ningún otro. No quiero que vuelvas más por aquí, Wendy. Olvídate de mí por completo.

—¿Olvidarme de ti…?

—Sí, te lo ruego.

—Eres uno de mis mejores amigos, Iván —recordó la joven,

intentando oprimir con ternura la mano izquierda de él, por encima de la sábana.

—¡No, Wendy! —gritó Iván, cambiando su *mano* de lugar.

En ese preciso momento reparó Wendy Nash en que Iván Kotur no había sacado sus manos de debajo de la sábana ni una sola vez desde que ella entrara en la habitación, y empezó a sospechar que allí estaba la causa del extraño y peligroso comportamiento del joven.

Wendy clavó los ojos en la sábana, justo donde suponía que Iván tenía las manos. Descubrió que la sábana se movía, sin duda agitada suavemente por los dedos de Iván, debido al nerviosismo y la excitación de este.

—¿Te ocurre algo en las manos, Iván? —preguntó, sin mirarle.

—Nada.

—¿Por qué las ocultas, entonces?

—Vete ya. Wendy.

La joven atrapó la sábana con un rápido movimiento y tiró de ella hacia abajo, descubriendo a Iván hasta las rodillas, al tiempo que él chillaba:

—¡No…!

Iván Kotur se hallaba totalmente desnudo, pero los ojos de Wendy Nash no se posaron ni siquiera una fracción de segundo en los atributos masculinos, sino que se clavaron como dardos en aquellas *cosas* tan horripilantes que Iván tenía ahora en lugar de manos. ¡Parecían dos pequeños pulpos de carne muy roja y llena de rugosidades!

¡Los dedos se le habían desarrollado extraordinariamente y se habían convertido en auténticos tentáculos, y las palmas de las manos eran dos bolas de carne, igualmente roja, que semejaban sendas cabezas de pulpo!

¡Incluso tenían boca!

¡Y ojos…!

La impresión fue demasiado grande, demasiado terrible y Wendy Nash se desmayó, cayendo sobre el cuerpo desnudo de Iván Kotur, cuyos escalofriantes tentáculos, que se agitaban como si tuvieran vida propia, se deslizaron hacia el cuello de la desvanecida muchacha.

CAPÍTULO V

Era ya lunes y todavía faltaban siete minutos para las diez cuando Yara Tyler llegó a la casa de Milton Derek. Pulsó el timbre y esperó.

Treinta segundos después el pintor abría la puerta, vistiendo una camiseta color naranja y un pantalón blanco, muy ajustadas ambas prendas. Sonrió agradablemente al ver a su nueva modelo.

—Buenos días, Yara.

—¿Qué tal, Milton? —le devolvió ella la sonrisa.

—Pasa.

Yara entró en la casa y caminó con Milton hacia el estudio.

—No me he retrasado, ¿eh? —dijo la joven.

—No, has sido muy puntual. Aún no son las diez.

—Bueno, pero falta muy poco.

Entraron en el estudio.

Milton Derek ya lo tenía todo dispuesto para empezar a trabajar.

Solo faltaba que su nueva modelo se quitara la ropa y se colocase sobre el canapé, en la posición que él le indicaría.

—Desvístete, Yara —indicó, con la mayor naturalidad.

Yara Tyler lucía aquella mañana una blusa color crema, totalmente abierta por los dos lados, y un pantalón dorado, que la ceñía muy sugestivamente. Calzaba botas plateadas, altas, pero extraordinariamente flexibles.

Esto fue lo primero que se quitó, las botas. Después, soltó los pasadores de las delgadas cintas brillantes que sujetaban su original blusa y se sacó esta por la cabeza, quedando con el pecho desnudo.

Lo hizo sin dar la espalda al pintor, como para demostrarle que ya había perdido su timidez.

Él, sin embargo, ni siquiera la miró. Estaba repasando el lienzo, inmaculado todavía.

Yara, un tanto defraudada, pues hubiera preferido que Milton la

observase a ella, se abrió el pantalón y se lo bajó, sacándoselo por los pies con habilidad.

El pintor seguía atento a su lienzo.

Yara se despojó de su prenda íntima y, como Milton continuaba totalmente ajeno a ella, emitió una tosecita para llamar su atención y dijo:

—Estoy lista, Milton.

—Voy en seguida —sonrió él, que sí la miró ahora, y caminó hacia ella.

La tomó familiarmente del brazo y la llevó hasta el canapé. Entonces, indicó:

—Tiéndete boca abajo, apoya el cuerpo con tu antebrazo izquierdo y descansa tu barbilla sobre tu mano derecha.

La joven obedeció.

Milton corrigió su posición, diciendo:

—Los hombros un poco más altos, para que se vean mejor tus senos. Eso es, así… Ahora, cruza los tobillos. Muy bien, casi perfecto.

—¿Qué falta para que esté perfecto del todo? —preguntó Yara.

Milton le dio un cachete en las redondeadas nalgas y respondió:

—Que te relajes, preciosa.

—¡Oh! —exclamó ella, respingando, y le salieron los colores en seguida.

No en las nalgas, porque la palmadita del pintor había sido leve y cariñosa, sino en las mejillas, porque Yara lo consideró como un descarado atrevimiento.

—¿Se da cuenta de lo que ha hecho, Milton…?

—Te dije que me tutearas. Yara. Así tendrás más confianza conmigo.

—¡Tú ya te estás tomando demasiada conmigo!

—¿Lo dices por el cachete en el culete?

—¡No me gusta esa expresión, utiliza otra!

—¿Te refieres a *cachete*…?

—¡Me refiero a *culete*!

Milton Derek rio.

—De acuerdo, olvídalo.

—¿Por qué me diste la palmada?

—Para que te relajaras, ya te lo dije.

—¿Es que no estaba relajada?

—No, estabas tensa. Tu trasero, al menos. Lo tenías demasiado levantado.

—¿Estás insinuando que tengo un trasero respingón? —se molestó Yara.

Milton rio de nuevo.

—En absoluto, Yara. Tienes un trasero precioso, pero, si tensas los glúteos, lo aúpas, y eso está muy bien para excitar a un hombre, pero no para plasmarlo así en un cuadro. No sería de buen gusto.

Yara Tyler se puso más colorada que antes.

—¿Insinúas que estoy tratando de excitarte…?

—¡No, por Dios!

—¡Sí, lo has dicho!

—Yara, yo solo he dicho que tenías las nalgas tensas, sin duda porque estás un poco nerviosa por ser la primera vez que posas desnuda.

—¡Yo estoy muy tranquila! ¡Por lo menos lo estaba hasta que me diste el azote en el trasero!

—No fue un azote, fue un cachete muy cariñoso.

—Pues no te muestres tan *cariñoso* conmigo, Milton. Yo no soy como Wendy.

—¿Qué quieres decir?

—Tú ya lo sabes.

—¿Te ha contado Wendy que ella y yo…?

—Sí, me lo ha contado.

—Yara, todo lo que pasó entre Wendy y yo, ocurrió porque ella quiso que sucediera.

—¿Seguro?

—Te doy mi palabra. Yo no tengo por costumbre aprovecharme de mis modelos. Pero, si alguna de ellas se me insinúa, no le hago ascos al asunto. Soy un hombre y me gustan las mujeres, pero eso no quiere decir que las falte al respeto.

—¿Y la palmada que me has dado a mí…?

—No hubo ninguna malicia en ello, te lo juro. De cualquier modo, si mi acción te ofendió, te ruego que me perdones. No era mi intención, créeme.

Había tal expresión de sinceridad en la mirada de Milton Derek, que Yara Tyler se sintió un poco avergonzada por haber dudado de

él. Se mordisqueó nerviosamente los labios y rogó a su vez:

—Perdóname tú a mí, Milton, por las cosas que te he dicho. Me he comportado como una estúpida.

—Oh, no digas eso, Yara —sonrió el pintor.

—Sí, he sido una tonta. Y todo por un simple cachete en el culete, como tú dices.

Milton rio.

—¿Ya no te disgusta la expresión?

—No, creo que no —sonrió levemente Yara.

—Me alegro.

—Y tenías razón, ¿sabes?

—¿A qué te refieres?

—A la tensión de mis nalgas. Todo mi cuerpo estaba un poco tenso, aunque yo no me daba cuenta. Creía que estaba tranquila, pero no era así.

—Es natural, Yara, por tratarse de la primera vez. Pero te acostumbrarás pronto, ya lo verás, y ni siquiera te acordarás de que estás desnuda.

—Voy a ponerme como antes, y si inconscientemente vuelvo a aupar el trasero, dame otro cachete. Prometo no enfadarme esta vez.

—De acuerdo.

Yara Tyler adoptó la misma posición de antes, procurando eliminar totalmente la tensión de su cuerpo.

—¿Mejor ahora, Milton…? —preguntó, en vista de que el pintor no se movía ni decía nada, solo la miraba.

Milton Derek levantó la mano.

Yara creyó que iba a darle otro cachete en el culete y encogió las nalgas, lo cual hizo reír divertidamente al pintor, pues él había levantado la mano para mesarse el cabello, no para dar una nueva palmada a la muchacha.

Yara Tyler, al comprobar su equívoco, rompió a reír también.

Segundos después, Milton Derek decía a su nueva modelo que la posición de ella era ahora la ideal y se ponía a trabajar, después de rogarle que procurara no moverse en absoluto.

La joven, obediente, pareció convertirse en una estatua de carne y hueso, reprimiendo incluso hasta los pestañeos.

CAPÍTULO VI

La sesión fue estupendamente, aunque Yara Tyler terminó con dolor de cuello, de espalda y de brazos, debido a la falta de costumbre y dio un hondo suspiro de alivio cuando oyó decir a Milton Derek:

—Se acabó, Yara. A la tarde, más. Puedes vestirte.

—Eso será si puedo —murmuró la joven.

El pintor sonrió y se acercó al canapé.

—Cansada, ¿verdad?

—Más que cansada, Milton. Me duele cada hueso, cada músculo, cada tendón…

—Siempre sucede así cuando se posa por primera vez.

—No sabía yo que posar era tan duro.

—En las próximas sesiones lo acusarás menos, ya verás.

—Eso espero, porque si no… ¡Ay! —se quejó Yara, llevándose las manos al cuello.

—¿Qué te ocurre?

—¡He sentido un pinchazo terrible aquí, Milton!

—¿En el cuello?

—¡Sí! ¡Huy, cómo me duele…!

—Calma, no te asustes, yo sé cómo aliviar eso.

—¡Pues ya tardas, Milton!

—Échate de bruces y relájate totalmente.

Yara obedeció, sin dejar de gimotear.

Milton empezó a masajearla suavemente el cuello, los hombros y la espalda, desnuda todavía, porque la joven seguía en traje de Eva.

—Ay… —gimió ella, y lo hizo de un modo muy distinto a como gimiera antes.

—¿Te sientes mejor, Yara? —preguntó el pintor, sin interrumpir los masajes.

—Sí, mucho mejor, Milton. Sigue, por favor… Pero sin salirte de

los límites de la espalda, ¿eh?

—Descuida, desconfiada.

—No te enfades, Milton.

—No me enfado.

—Ay, tú deberías ser masajista, en vez de pintor. Qué manos tan hábiles tienes… Si me duermo, no me despiertes.

—Si te duermes, me aprovecharé.

—Eres un maldito bribón, Milton.

El pintor rio.

—No lo sabes tú bien, Yara.

La joven lo miró a los ojos y le sonrió dulcemente.

—No, tú no eres un bribón, Milton.

—Gracias.

—Anda, deja que me vista. Me siento ya muy aliviada.

Milton interrumpió los masajes y aconsejó:

—Cuando llegues a casa, prepárate un baño de agua caliente y aguanta en la bañera todo el tiempo que puedas, sin moverte y sin pensar en nada. Eso te dejará como nueva, ya verás.

—Lo haré, Milton, te lo prometo.

Yara Tyler se irguió, se vistió, y abandonó la casa del pintor, quedando en volver a las cuatro en punto.

Yara Tyler volvió a casa de Milton Derek a la hora acordada, pero lo hizo muy preocupada.

El pintor, dándose cuenta de ello, preguntó:

—¿Ocurre algo, Yara?

—Temo que sí, Milton.

—Cuéntame.

—Se trata de Wendy Nash.

—¿Qué pasa con ella?

—El viernes por la tarde, cuando salí de aquí, fui a su casa para decirle que iba a posar para ti. Wendy me dijo que se iba a pasar el fin de semana con Iván Kotur, un joven al que también yo conozco. Vive a unos sesenta kilómetros de Laser City.

—Continúa, Yara.

—Bueno, al llegar a casa, y mientras se llenaba mi bañera, encendí mi videófono y llamé a Wendy, para contarle cómo había

transcurrido mi primera sesión como modelo. Pero Wendy no contestó.

—Estará con ese Iván Kotur.

—Es pensé yo, y llamé a Iván, pero tampoco él contestó.

—Caramba, eso ya es más extraño. ¿No volviste a llamar, más tarde?

Yara Tyler asintió con la cabeza.

—Repetidas veces, Milton. A casa de Wendy y a casa de Iván. Sin resultado.

—Hum, sí que es para preocuparse.

—¿No te importa que suspendamos la sesión de esta tarde, Milton?

—¿Suspenderla?… ¿Por qué, Yara?

—Quiero ir a casa de Iván Kotur.

—Si no contesta a las llamadas, es porque no se encuentra en ella…

—O porque no puede. O porque no quiere. Tengo que averiguarlo, Milton. Aprecio mucho a Wendy, y si le ha ocurrido algo, quiero saberlo.

Milton Derek dio una cabezada de asentimiento.

—Te comprendo perfectamente, Yara.

—¿No te importa que vaya, entonces…?

—Claro que no. Es más, si me lo permites, te acompañaré —sonrió el pintor.

Yara dio un respingo de alegría.

—¿Lo dices en serio, Milton?

—Claro. ¿Me dejas ir contigo, Yara?

—¡Naturalmente que sí!

—Espera, me cambio de ropa en un minuto.

Los Bloom-FL eran unos modernos y ligeros vehículos voladores provistos de cuatro patas, con dos asientos descubiertos situados uno al lado del otro sobre la unidad propulsora. Cinco motores cohete de 40 kilos de empuje proporcionaban la fuerza ascensional y de traslación. Otros seis cohetes de mando, ejercían la función direccional.

Para protegerse de la lluvia o de un viento fuerte, bastaba con

pulsar un botón. Instantáneamente, una capota de sólido material flexible y transparente se desplegaba y cubría totalmente la plataforma volante.

Los Bloom-FL, junto con los cinturones-cohete, eran los vehículos de transporte que más se utilizaban en Ankiro para trasladarse de un lado a otro por su fácil manejo.

Milton Derek, que había sustituido su camiseta color naranja y su pantalón blanco, salpicados de pintura, por un chaleco rojo, muy brillante, que se sujetaba con unas finas cadenas doradas, y un pantalón azul, muy brillante también, preguntó:

—¿Falta mucho, Yara?

—No, ya casi estamos llegando —respondió la muchacha—. Muy pronto divisaremos la casa de Iván Kotur.

En efecto, apenas tres minutos después, aparecía a lo lejos la casa de Iván.

—¡Aquella es, Milton! —indicó Yara Tyler.

El pintor dirigió su Bloom-FL hacia allí.

De pronto, Yara exclamó:

—¡El cinturón-cohete de Wendy está frente a la casa!

Era cierto, seguía allí, tal y como lo dejara la muchacha.

Un instante después, Milton Derek posaba su Bloom-FL frente a la casa de Iván Kotur, junto al cinturón-cohete de Wendy Nash.

Milton y Yara saltaron al suelo y entraron en la casa, cuya puerta permanecía abierta.

Sobre el sofá, Yara encontró la bolsa de su amiga.

—Son las cosas de Wendy —dijo.

—Parece que en la casa no hay nadie —murmuró el pintor.

—Echemos una ojeada arriba, Milton.

Subieron la escalera de caracol.

La puerta del dormitorio de Iván estaba abierta.

Milton y Yara fueron hacia allí.

Al asomarse, la joven lanzó un chillido de horror y se abrazó fuertemente al pintor, quien se hallaba tan horrorizado como ella.

CAPÍTULO VII

Tirada sobre la cama de Iván Kotur, yacía el cuerpo inmóvil de Wendy Nash.

Un cuerpo blanco.

Rígido.

Sin vida…

Las sábanas estaban manchadas de sangre.

También el cuello, los hombros y el pecho de la infortunada Wendy estaban manchados de sangre, muy seca ya. Solo conservaba los *shorts*. Su blusa, desgarrada como si se la hubiesen arrancado a tirones, yacía en el suelo, junto a la cama.

Tanto en el cuello como en los pechos, Wendy Nash tenía unas heridas espantosas, cómo causadas por los feroces dientes de algún animal salvaje, deseoso de chupar su sangre.

Su muerte no podía haber sido más horrible, más dolorosa, más angustiosa, y todo ello se reflejaba claramente en la expresión de sus ojos, dilatados al máximo, y de su boca, espantosamente abierta.

Una visión, en suma, capaz de encoger el estómago más fuerte.

De ahí que Yara Tyler se hubiese abrazado apretadamente a Milton Derek y rehuyese mirar el cadáver de Wendy Nash.

—¡Es horrible, Milton…! —gimió, entre sollozos, su cara hundida en el pecho del pintor.

Milton Derek, pálido, la estrechó contra sí.

—Cálmate, Yara.

—¡Wendy ha tenido un fin espantoso!

—Sí, pero tienes que sobreponerte.

—¡No puedo, no puedo…!

Milton la estrechó con más fuerza y la besó suavemente en el cuello.

—Por favor, Yara.

La muchacha, poco a poco, se fue serenando ayudada por los

tiernos besos del pintor.

Milton Derek, mientras tanto, había reparado en la hermosa esfera que descansaba sobre la mesilla de noche, y no apartaba los ojos de ella.

—Yara… —pronunció quedamente.

—¿Qué?

—Mira lo que hay sobre la mesilla de noche.

La joven movió lentamente la cabeza y observó la esfera, los ojos llenos de lágrimas, por lo que no pudo verla con la suficiente claridad.

—¿Qué es, Milton?

—No lo sé, pero parece algo muy valioso.

—Si es de valor, no puede ser de Iván.

—Quizá lo encontró en algún lugar.

—Es posible.

—Observémoslo de cerca.

—No, yo no quiero entrar, estando la pobre Wendy ahí, sobre la cama, con el cuello y los pechos destrozados a dentelladas… —sollozó nuevamente Yara, ocultando otra vez su rostro, mojado por el llanto.

—Comprendo lo que sientes, porque yo siento lo mismo que tú. No olvides que yo también conocía a Wendy y había tenido relaciones íntimas con ella. Pero no puedo dejarte sola aquí afuera, Yara. Es posible que los dos estemos en peligro.

Yara Tyler se estremeció.

—¿Nosotros, Milton…?

—Bueno, tal vez no. De todos modos, es mejor que no te separes de mí.

—Sí, sí.

—Vamos, entra conmigo en la habitación. Y no mires el cadáver de Wendy.

—No lo miraré. No podría resistirlo y me desmayaría.

Penetraron en la habitación, abrazados, y se acercaron a la mesilla de noche. Contemplaron largamente la peligrosa esfera, aunque tanto Milton como Yara ignoraban, por el momento, que la esfera entrañase peligro alguno.

—Es una esfera preciosa, ¿verdad? —comentó el pintor.

—Sí, es muy hermosa —asintió la muchacha—. Y cómo brilla…

—¿Tendrá algo que ver con la muerte de Wendy?

—¿La esfera?

—Sí.

—No, no lo creo. Por sus espantosas heridas en el cuello y en los pechos, se desprende que Wendy murió a manos de alguna bestia salvaje. A dientes, más bien…

—De una bestia salvaje… o de un ser humano que se volvió loco y se convirtió en eso, en una bestia salvaje —repuso el pintor.

—¿Estás pensando en Iván Kotur, Milton?

—Sí.

Yara Tyler movió negativamente la cabeza.

—No, no creo que la matara Iván.

—¿Por qué ha desparecido, entonces?

—No lo sé.

—¿No es esta su habitación?

—Sí.

—Y Wendy yace en su cama…

—Sí.

—Si no la mató él, por lo menos estaba con ella cuando Wendy fue atacada.

—Sí, eso último es posible. Iván y Wendy estaban juntos cuando la fiera salvaje apareció. La bestia atacó a Wendy e Iván huyó, aterrorizado.

—¿Y dónde está? ¿Por qué no avisó a la policía?

—Tal vez no pudo. La fiera debió perseguirle y… Quizá esté muerto también, Milton.

—La policía lo averiguará. Conozco al capitán Lynch. Le llamaré ahora mismo y le informaré de todo.

—Sí, será lo mejor.

Allí, en el dormitorio de Iván Kotur, había un videófono.

Milton y Yara se acercaron a él.

El pintor encendió la pantalla y se dispuso a marcar el número de la policía.

En aquel preciso instante, sin embargo, Iván Kotur apareció en la puerta de la habitación, completamente desnudo y con aquella especie de pequeños pulpos en vez de manos, que dejaron helado a Milton Derek y obligaron a Yara Tyler a dar un agudo chillido de terror.

Iván Kotur dio un paso y entró en su dormitorio.

Miró fijamente a Milton Derek y Yara Tyler, con ojos de loco, mientras los rojizos y horribles tentáculos que ahora tenía en vez de dedos se agitaban escalofriantemente en el aire, como buscando una nueva presa a la que poder aferrarse.

Y no tenían una presa, sino dos.

Milton y Yara.

Iban a ser las nuevas víctimas de la pareja de pulpos que ahora tenía por manos Iván Kotur, como tres días antes lo fuera Wendy Nash.

Las bocas de los pulpos se abrían y cerraban, mostrando sus pequeños pero afilados dientes, ansiosos de morder seres humanos, de absorber su sangre y alimentarse con ella.

Milton Derek y Yara Tyler no podían creer lo que sus ojos estaban viendo, debía tratarse de un sueño, de una espantosa pesadilla.

¿Cómo admitir como real el que un ser humano tuviese un par de rojizos pulpos, con ojos y boca, en vez de manos…?

Era demasiado horroroso, a la vez.

Sin embargo, Milton y Yara no tuvieron más remedio que admitirlo.

El cadáver de Wendy Nash era una prueba evidente de que se trataba de algo real. Escalofriante, pero cierto.

Iván Kotur había asesinado a Wendy, había destrozado su cuello y sus pechos mordiéndolos con los dientes de la pareja de alucinantes pulpos que ahora remataban sus brazos, cuyas bocas succionaron luego las heridas, absorbiendo la sangre.

Milton Derek se colocó delante de Yara Tyler y la protegió con su cuerpo, al tiempo que atrapaba una silla y se disponía a frenar con ella el ataque de Iván Kotur, que se adivinaba inminente.

Y lo fue.

CAPÍTULO VIII

Yara Tyler dio un grito al ver que Iván Kotur se lanzaba sobre ellos rugiendo como una fiera salvaje, buscando el cuello de Milton Derek con sus rojizos y peligrosos tentáculos.

El pintor le atacó con la silla, incrustándole las patas en el pecho y en el vientre.

Iván lanzó un aullido de dolor y cayó al suelo, en donde se retorció, pero solo unos segundos. Después, se levantó y se arrojó de nuevo sobre Milton y Yara, con una expresión que ponía los pelos de punta.

—¡Cuidado, Milton…! —chilló la muchacha.

El pintor, con mucha serenidad, y no menos bravura, repelió el segundo ataque del trastornado Iván con la misma efectividad de antes, golpeándole nuevamente con la silla que enarbolaba.

Las patas del mueble volvieron a incrustarse dolorosamente en el tórax y en el vientre del atacante, y este se derrumbó de nuevo, aullando de dolor.

En esta ocasión, Milton Derek no esperó a que Iván Kotur se incorporara y le descargó la silla sobre la cabeza, propinándole un golpe terrible.

Iván emitió un sordo rugido y quedó inmóvil.

Había perdido el conocimiento.

Yara Tyler se abrazó a la espalda del pintor.

—¡Dios mío, Milton!

El artista dejó la silla en el suelo y se volvió hacia la muchacha, abrazándola a su vez.

—Tranquilízate, Yara. El tipo ha dejado de ser peligroso.

—¡Es Iván Kotur!

—Ya lo suponía.

—¡Él asesinó a Wendy!

—Sí, no hay duda. Y quería asesinarnos a nosotros también.

—¿Has visto lo que tiene, en lugar de manos…?

—Claro que lo he visto.

—¡Parecen dos pulpos!

—Y lo son. Dos pulpos rojos, con sus tentáculos, ojos, boca, dientes… Realmente espeluznante.

—¿Cómo es posible que…?

—No lo sé, Yara. Aunque, quizá, la extraña esfera tenga mucho que ver en ello —el pintor la miró con cierto temor.

—¿Sospechas que las manos de Iván se transformaron en pulpos porque él la tocó…?

—Es posible.

—Pero si no es más que una esfera de cristal, Milton…

—*Parece* una esfera de cristal, pero tal vez no lo sea. Además, tampoco sabemos cómo llegó hasta aquí, dónde la encontró Iván. Habrá que analizarla detenidamente, para conocer su composición y su origen. Y si almacena algún extraño virus o cualquier otro elemento nocivo. En fin, de eso se encargarán los científicos. Nosotros bastante hemos hecho atrapando a Ivan Kotur y descubriendo la esfera. Llamaré al capitán Lynch.

El capitán Lynch, que tenía a su cargo la comisaría de Laser City, contaba treinta y siete años de edad y era un tipo de elevada estatura y robusta complexión.

El breve relato de Milton Derek lo llenó de estupor, de ahí que, al término del mismo, preguntara:

—¿Seguro que no has tomado unas copas de más, Milton?

—Ni de más ni de menos, capitán Lynch. Estoy tan sobrio como usted —aseguró el pintor.

—Está bien, salgo en seguida hacia ahí. Y llevaré conmigo al doctor Zajec. Tú no pierdas de vista a ese tipo cuyas manos… se han convertido en pulpos rojos. Podría recobrar el sentido y escapar.

—Descuide, capitán Lynch. No saldré de esta habitación. Pero dense prisa, por favor.

—Estaremos ahí en unos minutos, no temas —prometió Lynch, y cortó la comunicación.

Milton Derek apagó la pantalla del videófono y él y Yara Tyler,

abrazados, esperaron la llegada del capitán Lynch y el doctor Zajec, con los ojos fijos en el cuerpo desnudo e inanimado de Iván Kotur, que yacía tendido de bruces.

Escasos minutos después, un helimóvil se posaba frente a la casa de Iván Kotur, cerca del Bloom-FL de Milton Derek y del cinturón-cohete de la malograda Wendy Nash.

Del aparato, con capacidad para seis personas, descendieron el capitán Lynch, el doctor Zajec, y tres oficiales de policía, armados estos últimos con subfusiles de rayos ultravioleta.

Penetraron rápidamente los cinco en la casa y subieron al dormitorio de Iván Kotur, el doctor Zajec con un maletín alargado en la mano derecha.

El doctor Zajec era un hombre delgado, de estatura media, con las sienes prematuramente plateadas, pues todavía no había cumplido los cuarenta años, aunque lo haría muy pronto.

Cuando entraron en la habitación, Iván Kotur seguía en el suelo, inconsciente. Sus *manos*, sin embargo, se movían lenta y siniestramente.

No habían dejado de agitarse ni un instante.

Iván Kotur estaba dormido, pero el par de pequeños y horribles pulpos que sustituyeran a sus manos durante la noche del jueves último, mientras él descansaba, se hallaban bien despiertos, demostrando que ellos tenían vida propia.

El capitán Lynch, el doctor Zajec y los tres oficiales de policía quedaron muy impresionados por todo. Por el estremecedor aspecto del cadáver de Wendy Nash, por el brillo casi cegador de la misteriosa esfera, y por *aquello* que Iván Kotur tenía ahora en vez de manos.

El doctor Zajec se acercó al cuerpo inerte de Iván.

—Tenga cuidado, doctor —advirtió Lynch, extrayendo su pistola de rayos láser.

Zajec se arrodilló junto a Iván Kotur, a medio metro escaso de su *mano* derecha, y desde allí observó con más detalle los cinco perfectos tentáculos, de unos veinte a veinticinco centímetros de longitud y unos cinco centímetros de grosor en su nacimiento.

Al médico se le erizó el vello al descubrir el par de pequeños

ojos y la boca, que se abría y se cerraba continuamente, dejando asomar los afilados dientecillos.

La frente del doctor Zajec se perló de finas gotas de sudor.

Un sudor frío, que parecía brotar de los mismos huesos.

—Esto no lo cree uno si no lo ve… —murmuró.

—Retírese, doctor Zajec —rogó el capitán Lynch—. Está usted demasiado cerca.

El doctor Zajec se irguió y se apartó de Iván Kotur.

Examinó el cuerpo sin vida de Wendy Nash, prestando una especial atención a las heridas que tenía en el cuello y en los pechos.

—Lleva tres días muerta —dijo, al término del breve examen visual—. Y sus heridas, sin duda ninguna, fueron causadas por unos pequeños y afilados dientes. Los que poseen… esas horribles *cosas* —señaló lo que Iván Kotur tenía al final de los brazos, en vez de manos.

A continuación, el doctor Zajec examinó de cerca la fulgurante esfera.

—Sí, es posible que esto sea la causa de todo… —murmuró, como hablando consigo miaño. Después, se volvió hacia Milton Derek y Yara Tyler, preguntando—: Ustedes no tocaron esta esfera, ¿verdad?

—No, no la tocamos, doctor —respondió el pintor.

—¿Y a Iván Kotur…?

—Tampoco.

—Usted peleó con él, Milton.

—Sí, pero no le golpeé con mis puños ni una sola vez. Utilicé esa silla.

—Bien hecho, muchacho. Hubiera podido ser fatal para usted tocarlo con sus manos. Tampoco tocaron a la chica, ¿verdad? —el médico miró un instante a Wendy Nash.

—Tampoco, doctor.

—Bien. Le inyectaré un anestésico a Iván Kotur, para que no se nos despierte por el camino, y lo trasladaremos al Centro Médico. También llevaremos allí a la muchacha, capitán Lynch, para practicarle la autopsia. Y la esfera, por supuesto, para analizarla.

—De acuerdo, doctor Zajec —respondió Lynch.

Zajec le puso la inyección al desvanecido Iván, en el cuello, y

después, sin tocarlos en ningún momento con las manos, los hombres del capitán Lynch trasladaron al helimóvil a Iván Kotur, el cadáver de Wendy Nash, y la brillante esfera causante de todos los problemas.

El helimóvil se elevó y emprendió el regreso a Laser City.

Milton Derek y Yara Tyler, en el Bloom-FL del pintor, hicieron lo propio.

Después de dejar su Bloom-FL en el garaje, Milton Derek indicó:

—Entremos en la casa, Yara.

Yara Tyler movió levemente la cabeza.

—No me encuentro con ánimos para posar, Milton.

—Ni yo para pintar. Solo quiero que charlemos mientras el doctor Zajec averigua lo que todos estamos deseando saber —aclaró el pintor—. El capitán Lynch me prometió que me llamaría en cuanto el doctor Zajec descubra algo.

—De acuerdo —accedió Yara.

Entraron en la casa y Milton condujo a la muchacha al *living*.

—¿Qué te apetece beber, Yara?

—Cualquier cosa.

—¿Te gustan los marcianitos?

—Sí, pero son muy fuertes —sonrió la joven.

—Es justo lo que necesitamos, después de todo, lo que hemos pasado —aseguró el pintor.

Yara Tyler suspiró.

—Tienes razón, Milton. Prepara un par de marcianitos.

Milton Derek se acercó al bar, pasó al otro lado y preparó las bebidas. La base de los marcianitos era el licor de menta, al que se añadía ginebra, ron, y otro par de licores de los considerados *duros*.

El pintor puso todo eso en las copas, en la medida correspondiente, y luego echó unos cubitos de hielo, regresando seguidamente junto a su nueva modelo.

Yara se había sentado en el largo sofá.

Milton se sentó a su lado y le tendió una de las copas.

—Tu marcianito, Yara.

—Gracias.

Probó cada cual el suyo.

Milton vio que los ojos de la muchacha brillaban, por la fuerza alcohólica del combinado, y preguntó:

—¿Está demasiado fuerte, Yara?

—Me temo que sí, Milton. Siento calor hasta en los dedos de los pies. Y eso que solo he tomado un pequeño sorbo…

—Te sentará bien, ya lo verás.

—Si me emborracho, tú tendrás la culpa.

—A lo mejor es eso lo que pretendo.

—No, yo sé que no.

—¿Tan ciegamente confías ya en mí?

—Sí.

—Pues, cuando lo del cachete en el culete…

—¡No me lo recuerdes, por favor! —exclamó Yara, riendo.

Milton rio también y añadió:

—Más tarde, cuando empecé a darte masajes en el cuello, los hombros y la espalda, volviste a desconfiar de mí.

—¡No es cierto!

—Confiésalo, Yara. Pensaste que mis manos, distraídamente, iban a alcanzar tus senos y tus nalgas.

La joven volvió a reír.

—Está bien, lo pensé. Pero solo durante dos o tres segundos, ¿eh? En seguida me convencí de que eso no ocurriría.

—¿Y si hubiera ocurrido…?

—Te habría dado una bofetada y te hubieras quedado sin modelo, como mi jefe se quedó sin secretaria.

—¿Tu jefe?…

—Era un manos largas. Cada vez que me llamaba a su despacho, me soltaba algún pellizco o alguna palmada a la grupa. Hasta que un buen día me harté y la palmada se la di yo a él, en toda la cara. Si sería tremendo el sopapo, que empezó a sangrar por la nariz. Me despidió en el acto, claro. Y, como no he podido encontrar un nuevo empleo, y mis reservas económicas empezaban a escasear, me decidí a posar desnuda para ti, Milton.

—Lo que acabas de contarme mejora la opinión que yo me había formado de ti, Yara. Y eso que ya era buena… —confesó el pintor.

—Gracias —sonrió ella—. Por tus palabras, y por haberme acompañado a casa de Iván Kotur. Si llego a ir sola… —se estremeció ligeramente.

Milton le cogió una mano y se la oprimió con ternura.

—No pienses en ello, Yara.

—Estoy viva gracias a ti, Milton.

—Yo me alegro mucho de que así sea.

—¿No vas a pedirme nada, por haberme salvado la vida?

—No, porque luché por salvar también la mía. Pero, si quieres darme algo, lo aceptaré con mucho gusto.

—¿Qué te gustaría que te diera?

—Viniendo de ti, lo que sea.

Yara Tyler aproximó su rostro al del pintor y le dio un cálido beso en los labios.

—Sé que no es mucho, pero… —empezó a decir.

No pudo acabar la frase, porque Milton Derek ya la estaba besando, con mucha pasión.

Yara, en principio, vaciló.

No sabía si rechazar el ardiente beso del pintor o devolvérselo con la misma intensidad. Finalmente, obedeciendo un impulso natural, se decidió por lo segundo, porque eso era lo que ella, en el fondo, deseaba.

CAPÍTULO IX

Cuando Iván Kotur volvió en sí, pasado ya el efecto del anestésico que le inyectara el doctor Zajec, se encontró acostado en una cama y atado a ella con correas, que le cercaban el cuello, el pecho, la cintura, los muslos y los tobillos.

Ello enfureció terriblemente a Iván, que empezó a dar gritos, al tiempo que tensaba su musculoso cuerpo, para vencer la resistencia de las correas.

En la cuadrada y aséptica habitación, además de Iván Kotur, se hallaba la enfermera que el doctor Zajec dejara con la misión de vigilar permanentemente a Iván.

Se trataba de una muchacha pelirroja, bastante atractiva, que se mantenía prudentemente distanciada de Iván Kotur, porque las *manos* de este no habían dejado de moverse ni un solo segundo, y la enfermera, pese a que Iván se hallaba sólidamente atado, no podía quitarse el miedo de encima.

El violento despertar de Iván Kotur llenó de pánico a la muchacha, que se apresuró a llamar al doctor Zajec utilizando el intercomunicador con pantalla que había en la habitación, sobre una mesa de vidrio.

La imagen del doctor Zajec apareció en la pantalla.

—¿Se ha despertado ya, Irena?

—¡Sí, doctor! ¡Y está furioso! ¡No deja de dar gritos y quiere romper las correas! —informó la enfermera, aterrada.

—Tranquilízate, Irena. Haría falta la fuerza de cinco hombres para vencer la resistencia de esas correas, y tú lo sabes. Iván no podrá romperlas.

La enfermera, que no apartaba los ojos del fornido cuerpo de Iván Kotur, tenía sus dudas al respecto, y suplicó:

—¡Venga cuanto antes, doctor Zajec!

—Estaré ahí en un par de minutos.

La imagen del doctor Zajec desapareció de la pantalla.

Pálida y encogida, la enfermera aguardó la llegada del jefe del Centro Médico, mientras pedía fervorosamente al cielo que Iván Kotur no lograse hacer saltar las sólidas correas. Iván chillaba como si estuviese poseído por todos los demonios del infierno y forzaba al máximo sus desarrollados músculos, pero, afortunadamente, las correas resistieron y no pudo abandonar la cama.

El doctor Zajec llegó, acompañado de otros dos médicos, los cuales le habían ayudado a practicar la autopsia al cadáver de Wendy Nash. Rodearon los tres la cama, cuidando de no ponerse al alcance de las peligrosas *manos* del paciente, y Zajec rogó:

—Cálmate, Iván. Te estás lastimando inútilmente. Deja de gritar y relájate. Solo queremos hablar contigo, no vamos a hacerte ningún daño.

Iván Kotur siguió gritando y luchando con las correas que cercaban su cuerpo desnudo, ahora rojo y brillante de sudor, a causa de los titánicos esfuerzos que estaba realizando.

—Háblanos de la esfera de cristal, Iván —pidió el doctor Zajec, en tono suave.

—¡No, está maldita! —rugió el joven.

—¿Dónde la encontraste?

—¡Cayó del Infierno!

El doctor Zajec y sus colegas se miraron.

—¿Del Infierno, dices…? —murmuró Zajec.

—Sí, ¡Satanás la envió, para que el espíritu del Mal penetrara en mi cuerpo y se adueñara de él!

—¿Dónde encontraste la esfera, Iván? —insistió el doctor Zajec.

—¡En mi parcela, entre las tomateras!

—La cogiste y la llevaste a tu casa, ¿verdad?

—¡Sí!

—¿Cuándo ocurrió eso?

—¡El jueves por la tarde!

—¿Y cuándo se transformaron tus manos en…?

—¡El viernes, cuando me desperté, ya no tenía manos, tenía un par de horribles pulpos rojos!

—¿Por qué asesinaste a Wendy Nash? —siguió interrogando el doctor Zajec.

—¡Yo no la asesiné, fueron los pulpos! ¡Ellos mordieron su cuello y sus pechos, para chupar su sangre! ¡Yo nada pude hacer para evitarlo! ¡Los pulpos actúan por sí mismos, no me obedecen! —exclamó Iván Kotur, horrorizado.

Tan horrorizados o más que él se hallaban los tres médicos y la enfermera.

El doctor Zajec inquirió:

—¿También te obligaron los… *pulpos* a atacar a Milton Derek y Yara Tyler, Ivan?

—¡Sí, yo no quería!

Zajec forzó una sonrisa.

—Está bien, muchacho, cálmate. Tú no eres responsable de nada, es la maldita esfera la única culpable. La destruiremos y hallaremos el modo de solucionar… tu problema.

—¡No hay más que una solución, doctor!

—¿Cuál?

—¡Cortarme los brazos!

Los tres médicos y la enfermera se estremecieron.

Zajec volvió a sonreír forzadamente.

—No pienses en eso, Iván.

—¡Tiene que hacerlo, doctor! ¡Si no me corta los brazos, no podré librarme de los pulpos asesinos y volveré a matar! ¡*Ellos* volverán a matar! ¡No podré impedirlo!

—Procura tranquilizarte, Iván. Mientras estés atado, los pulpos no podrán hacer daño a nadie, porque nadie se pondrá al alcance de sus tentáculos.

—¡Romperé las correas, *ellos* me obligarán!

—Es imposible, Iván. Son demasiado fuertes. De todos modos, para que desaparezca esa agresividad de tu cuerpo, te inyectaré un sedante.

—¡No quiero sedantes, quiero que me corten los brazos! —chilló Iván Kotur, desesperado.

El doctor Zajec miró a Irena.

La enfermera entendió y se apresuró a preparar el sedante.

Iván Kotur continuaba agitándose violentamente y suplicando que le amputasen los brazos, para librarse de la pareja de pulpos asesinos.

El doctor Zajec le inyectó el sedante, en el cuello.

Los efectos de la droga no se hicieron esperar, e Iván Kotur, poco a poco, fue calmándose, hasta quedar absolutamente relajado, con los ojos cerrados y el cuerpo bañado de sudor.

El doctor Zajec miró a la enfermera.

—Irena, sigue vigilándole. No lo dejes solo ni un segundo. Y, si vuelve a mostrarse agresivo, avísame inmediatamente.

—Bien, doctor.

El doctor Zajec y los otros dos médicos salieron de la habitación y se trasladaron a la sala en donde se hallaba la peligrosa y destellante esfera, para analizarla y tratar de aclarar aquel increíble suceso.

No habrían transcurrido más de cinco minutos desde que el doctor Zajec y sus dos colegas abandonaran la habitación, cuando Iván Kotur abrió los ojos.

Miró a la enfermera y le sonrió con suavidad.

—Te llamas Irena, ¿no?

—Sí —asintió ella, un tanto sorprendida del cambio que se había operado en el paciente. Su mirada era serena; su voz, dulce.

Y aquella suave sonrisa en los labios…

—Eres muy bonita, Irena —dijo Iván.

—Gracias.

—Ojalá te hubiera conocido en otras circunstancias.

—¿Lo dices en serio?

—Muy en serio.

—¿Qué hubieses hecho, Iván?

—Te habría invitado a pasar el fin de semana en mi casa.

—Eres muy amable, Iván —sonrió la enfermera.

—¿Hubieras aceptado, Irena?

—Seguro.

—Lo hubiésemos pasado fenomenal.

—No me cabe la menor duda.

Iván bajó ligeramente la mirada.

—Tienes unas piernas preciosas, Irena.

—¿De verdad te gustan? —se las miró la enfermera, halagada.

—Mucho. Hubiera sido maravilloso acariciarlas. Ahora, ya no será posible. No tengo manos. Irena. Tengo estas horribles *cosas*…

La muchacha sintió una profunda pena por el paciente.

—El doctor Zajec lo solucionará, Iván.

—No podrá.

—Es un hombre muy inteligente, yo le he visto realizar operaciones increíbles. Ten fe en él.

—Tendrá que amputarme los brazos, lo sé.

—Por favor, Iván.

Iván Kotur esbozó una sonrisa.

—Gracias por darme ánimos, Irena.

—Ojalá pudiera darte también un beso, pero el doctor Zajec me prohibió que te tocara.

—Claro.

—Te lo daré cuando estés bien, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Tú y yo aún tenemos que pasar muy buenos ratos juntos, Ivan.

—Eres maravillosa, Irena.

—Tú también.

Iván se pasó la lengua por los labios, resecos.

—Tengo sed, Irena. ¿No podrías darme un poco de agua?

—Bueno, no sé si… —vaciló la enfermera.

—Por favor —insistió Iván—. Tengo la boca como un esparto.

—De acuerdo, te daré un vaso de agua —sonrió Irena, y se lo sirvió.

—No te acerques a mis horribles manos —advirtió Iván—. Ya sabes que no me obedecen.

—No me acercaré, no te preocupes —aseguró la enfermera, mirando con visible temor los rojizos tentáculos, siempre en movimiento.

Irena aproximó el vaso a los labios de Iván, pero como este no podía levantar la cabeza, por culpa de la correa que le cercaba el cuello, pidió:

—Suéltame un momento la correa del cuello, Irena, o no podré beber.

La enfermera titubeó.

—¿Que te suelte la correa?

—Si no lo haces, me pondré a toser como un caballo.

Irena, en vista de que Iván estaba absolutamente tranquilo, se decidió a soltarle la correa que sujetaba su cuello.

—Gracias, Irena —le sonrió él.

—Bebe, Iván —sonrió también ella, acercándole nuevamente el vaso.

Iván Kotur levantó la cabeza.

La disparó, más bien, porque él no quería beber, sino propinarle un duro golpe en la frente a la enfermera.

Y se lo propinó.

Un golpe terrible.

Irena emitió un gemido y se desplomó como un saco de patatas, privada totalmente del sentido.

Entonces, los rojos tentáculos que Iván Kotur tenía ahora por dedos entraron en acción. Con sorprendente habilidad, soltaron la correa que cercaba la cintura de Iván. Después, la que cercaba su pecho.

Iván Kotur pudo incorporar el torso.

Los tentáculos le libraron de las correas que sujetaban sus muslos y sus tobillos e Iván saltó de la cama, de nuevo con aquella expresión fiera, como de loco, en su rostro.

Miró a Irena.

La enfermera yacía en el suelo, de lado, inconsciente todavía a causa del brutal cabezazo que le propinara Iván.

Este, totalmente dominado por aquellas horribles *cosas* que ahora tenía por manos, se arrojó sobre la desvanecida Irena.

Los rojos tentáculos desgarraron el corto y ceñido uniforme de la enfermera, bajo el cual la muchacha solo llevaba un exiguo pantaloncito dorado.

La *mano* izquierda del trastornado Iván cayó sobre el cuello de Irena, que los cinco tentáculos aprisionaron. Entonces, la boca del pequeño pulpo mordió la carne, haciendo brotar la sangre de la herida causada por sus afilados dientes.

Una sangre muy roja y caliente, que aquella espeluznante *cosa* absorbió ávidamente, como si se tratase de la más deliciosa y nutritiva de las sustancias.

La otra *mano* de Iván había caído, mientras tanto, sobre los pechos desnudos de la enfermera, que ya estaban siendo mordidos por la voraz boca del pulpo y sangraban profusamente.

Los dolorosos mordiscos hicieron que Irena volviera en sí.

Quiso chillar, de dolor y de terror, pero no pudo.

Los tentáculos de la *mano* izquierda de Iván Kotur apretaban tan férreamente su garganta, que la voz no conseguía brotar de ella.

La infortunada enfermera, con los ojos espantosamente dilatados, intentó luchar con Iván, pero no consiguió librarse de él, pese a que lo hizo con verdadera desesperación.

Iván Kotur era demasiado fuerte.

Por otra parte, el dolor y la abundante pérdida de sangre fueron debilitando a Irena, que muy pronto se encontró sin fuerzas para defenderse.

Los pulpos asesinos siguieron mordiendo su cuello y sus pechos, bebiendo la sangre que brotaba de las espantosas heridas.

Dentro de su horror, Irena se dio cuenta de que los rojos tentáculos se desarrollaban a medida que las bocas de los pulpos absorbían la sangre que fluía de las heridas.

Era cierto.

Al alimentarse con sangre humana, aquellas horripilantes *cosas* se agrandaban más y más, al tiempo que los brazos de Iván Kotur se iban quedando más cortos.

Si Iván seguía matando gente, y los pulpos asesinos absorbiendo sangre, iba a convertirse muy pronto en un ser monstruoso, realmente aterrador.

CAPÍTULO X

Cuando Milton Derek separó su boca de la de Yara Tyler, la muchacha continuó con los ojos cerrados y los labios entreabiertos, como gozando todavía con el beso que ya había concluido.

—Yara… —susurró el pintor.

—¿Qué? —respondió ella, subiendo los párpados.

—¿No estás enfadada?

—¿Por qué iba a estarlo?

—Por haberte besado.

—Antes te besé yo a ti, ¿no?

—Sí, pero mi beso ha sido mucho más apasionado.

—No importa, me ha gustado.

—¿De veras?

—Si no me hubiera gustado, no te lo habría devuelto. ¿O es que no te has dado cuenta de que mis labios también colaboraban activamente en la caricia…?

—Pues, si quieres que te sea sincero… —carraspeó el artista.

—¡Naturalmente que quiero que seas sincero, Milton! No me gustan las personas que no lo son.

—A mí tampoco, Yara.

—Responde, Milton. ¿No has notado que yo también te besaba?

—No.

—¡Será posible…! —se enfureció la joven.

El pintor tosió.

—Lo siento, Yara, pero es la verdad. No noté nada.

—¿Te das cuenta de que me estás humillando, Milton…?

—Lo lamento de veras, créeme.

—¡Espera!

—¿Qué vas a hacer, Yara?

—¡Beberme el marcianito de un solo trago!

—¡Oh, no! —respingó el pintor—. ¡No lo hagas, Yara! ¡Te puede

sentar fatal!

—¡Peor me han sentado tus palabras! —repuso la muchacha, y se llevó la copa a los labios.

Cerró los ojos y empezó a beber, sin tomarse respiro.

—¡Es una locura, Yara! —gritó Milton.

La joven no hizo caso y apuró la copa, la cual lanzó seguidamente por los aires. Menos mal que era de cristal irrompible, porque si no se hubiese hecho añicos.

Con los ojos muy brillantes, Yara Tyler miró a Milton Derek y dijo:

—Verás cómo ahora sí que sientes mis labios.

—Yara…

Ella le abrazó y le besó con extraordinario ardor.

Si se mostraría fogosa, que tumbó al pintor sobre el sofá y ella quedó sobre él. Siguió besándole en esa posición, sin que su entusiasmo decreciera un ápice.

Milton la abrazó a su vez, pero con ciertas reservas, pues intuía que Yara actuaba así impulsada por el marcianito ingerido prácticamente de golpe, y él no quería aprovecharse de la situación.

Le resultaba muy difícil, no obstante, pues sentía los prietos senos de la muchacha presionando contra su pecho y transmitiéndole su calor, y la tentación de deslizar sus manos por debajo de la tenue blusa femenina, era grande.

Y a ello había que unir el fuego que Yara ponía en su beso…

Pese a todo. Milton logró controlarse y no se aprovechó lo más mínimo de la muchacha.

Por fin, Yara Tyler interrumpió el fervoroso beso y, sin erguirse, miró a los ojos al pintor y preguntó:

—¿Has sentido algo ahora, Milton?

—Oh, sí.

—¿Seguro?

—Te doy mi palabra.

—Si no has sentido nada, te doy otro beso… Todos los que quieras.

—Cuando se te haya pasado, ¿eh?

—¿El qué?

—El efecto del marcianito.

—¿Estás insinuando que estoy borracha…?

—¡No! —exclamó rápidamente el pintor—. Solo estás un poco alegre.

—Eso, solo un poco alegre —sonrió Yara—. ¡Hip!

—¿No tienes sueño, Yara?

—No, lo que tengo es calor.

—Por culpa del marcianito.

—Seguramente. Me quitaré la blusa. ¡Hip…!

—¡Oh, no!

—¿Por qué no?

—Quedarías con los pechos al aire, Yara.

—¿Y qué? Cuando poso para ti me quito toda la ropa, y no pasa nada.

—Porque te miro con ojos de artista.

—Pues mírame así. ¡Hip!

—Ahora no te estoy pintando, Yara.

—Imagínate que sí.

—Yara…

Fue inútil insistir.

Yara Tyler se despojó de la blusa.

Y de las botas.

Y del pantalón…

Milton Derek temió un momento que se despojara también de la breve y sugestiva prenda íntima, pero, afortunadamente, no fue así.

Yara, que en absoluto era dueña de sus actos, abrazó nuevamente al pintor, quien había incorporado el torso mientras la joven se ponía *fresquita*.

—Milton… —ronroneó.

—¿Qué?

—¿No te apetece besarme?

—Claro que me apetece besarte.

—¿Y por qué no lo haces? ¡Hip…!

—Por eso, por los ¡*hips*!.

—¿Sigues pensando que estoy borracha?

—No, solo *amarcianada*.

—Me siento muy bien, Milton.

—Y yo muy mal.

—¿Por qué?

—Porque te tengo desnuda en mis brazos y no puedo tocarte.

—¿Acaso tengo alguna enfermedad contagiosa…? ¡Hip!

—Esa, esa es tu única enfermedad.

—¿Cuál?

—*Marcianitis*.

Yara Tyler rio.

—Vamos, no seas tonto y acarícíame. Toma mis pechos entre tus manos y bésalos…

Milton Derek movió la cabeza.

—No, no voy a hacer eso.

—¿Por qué? ¿No te gustan?

—Claro que me gustan, pero no debo hacerlo, dado tu estado.

—Por favor, Milton… —insistió ella.

El pintor la tomó en brazos y se puso en pie.

Yara se apresuró a cercarle el cuello.

—¿Adónde me llevas, Milton…?

—A la cama.

—¡Eso, eso, a la cama, a la cama! —exclamó la muchacha, gozosa.

—No es para lo que te imaginas, preciosa —gruñó el pintor.

—¿No vamos a hacer el amor, Milton…?

—No.

—Pero…

—¡Ni pero ni nada!

Yara le mordió suavemente la oreja.

—Estoy enamorada de ti, Milton.

—Claro, claro —rezongó el pintor, que ya había echado a andar hacia su dormitorio.

—Te quiero.

—Ya lo sé.

—Estoy loca por ti.

—También lo sé.

—Hazme tuya, Milton.

—Otro día, ¿eh?

—Ahora, lo necesito… ¡Hip!

—Lo que tú necesitas es dormir unas cuantas horas y luego darte una ducha de agua fría.

—¿Me frotarás la espalda, mi vida?

—Si ya eres dueña de tus actos, lo que quieras —respondió el

pintor, dejando caer a su modelo en la cama.

Yara alzó los brazos hacia él, pero Milton se los cogió y se los metió debajo de la sábana, con la que la cubrió hasta el cuello.

—Milton, cariño…

—A dormir, Yara.

—¿Haremos el amor después?

—En cuanto te despiertes.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Dame un beso, mi amor…

Milton se lo dio, recreándose en la caricia, pues intuía que eso ayudaría a la muchacha a dormirse.

Y no se equivocó.

Cuando retiró sus labios, Yara ya se había dormido plácidamente.

Milton respiró hondo.

—Menudo rato me has hecho pasar, preciosa —rezongó, y salió del dormitorio.

De nuevo en el *living*, tomó sus cigarrillos y se puso uno en los labios. Se disponía a encenderlo, cuando el videófono dejó oír su señal de llamada.

Milton Derek se quitó rápidamente el cigarrillo de la boca y conectó la pantalla, adivinando que era el capitán Lynch quien llamaba, para darle noticias.

En efecto, su imagen apareció en la pantalla.

—¡Milton! —exclamó Lynch, muy nervioso.

—¿Qué ocurre, capitán Lynch…?

—¡Iván Kotur ha dado muerte a la enfermera que lo vigilaba y ha escapado del Centro Médico!

CAPÍTULO XI

Milton Derek acudió inmediatamente al Centro Médico, haciendo uso de su cinturón-cohete, en vez de su Bloom-FL. Al cinto, el pintor se había colocado una pistola de rayos caloríficos, como medida de precaución.

Iván Kotur, libre, suponía un gran peligro para todos cuantos habitaban en Laser City.

Milton Derek lo sabía mejor que nadie, pues ya había tenido que vérselas con él aquella tarde, y ese angustioso momento no podría olvidarlo jamás, como tampoco lo olvidaría Yara Tyler.

Milton reparó entonces en que, con las prisas, había olvidado dejarle una nota a la muchacha. Confiaba en estar de vuelta antes de que Yara se despertase, porque como no fuera así ella iba a pensar cosas muy feas de él, y con razón, tenía que reconocerlo.

Yara se despertaría con una terrible jaqueca y se encontraría acostada en una cama, sin más ropa encima que su breve pantaloncito íntimo. Su blusa, su pantalón y sus botas, los hallaría en el *living*.

¿Cómo no iba a pensar, pues, mal de él…?

Milton Derek se olvidó de Yara Tyler, pues ya estaba llegando al Centro Médico. Se posó frente a la puerta principal, se desprendió del cinturón-cohete y penetró rápidamente en el edificio.

En el espacioso vestíbulo encontró al capitán Lynch, acompañado de un par de sus hombres, y al doctor Zajec, este alarmantemente pálido.

El pintor trotó hacia ellos y preguntó:

—¿Saben algo ya, capitán Lynch…?

—Nada, Milton. He movilizado a todos mis hombres, pero aún no han podido dar con Iván Kotur. Lo están buscando por toda la ciudad.

—¿Cómo diablos pudo escapar, doctor Zajec?

—No lo sé, Milton. Lo teníamos atado a una cama con sólidas correas. Las correas están intactas. Consiguió soltarse sin romperlas. Para mí es un misterio, como también lo es el que Irena, la enfermera que lo vigilaba, no me avisara de que Iván Kotur se estaba soltando.

—¿No le daría muerte antes…?

—No, está claro que la atacó después. No hay una sola mancha de sangre en la cama. En el suelo, en cambio… —explicó el doctor Zajec.

—¿Por dónde escapó, doctor?

—Por la ventana. Estaba abierta, cuando descubrimos su fuga.

—¿Y se largó desnudo…?

—Sí.

—Entonces, no puede andar muy lejos. Un hombre desnudo llama poderosamente la atención. Aparte de que sus manos…

El capitán Lynch y el doctor Zajec cambiaron una extraña mirada.

El primero murmuró:

—Dígaselo, doctor. Milton tiene derecho a saberlo.

—¿Qué es lo que tengo derecho a saber, doctor Zajec? —preguntó el pintor.

El jefe del Centro Médico inspiró profundamente e informó:

—Ya le hemos practicado la autopsia a Wendy Nash.

—¿Y…?

—En su cuerpo no quedaba una sola gota de sangre, Milton. Y sospecho que lo mismo pasará con la enfermera que vigilaba a Iván Kotur.

—¿Quiere decir qué…?

—Iván la absorbió toda. Los pulpos que tiene por manos, mejor dicho. Por eso matan. Se alimentan con sangre humana.

—¡Con sangre humana…! —repitió el pintor, sintiendo un profundo estremecimiento.

—Así es, Milton —corroboró gravemente el capitán Lynch.

—¿Y la misteriosa esfera…?

—La estábamos analizando cuando se descubrió la fuga de Iván Kotur —respondió el doctor Zajec—. La materia de la cual está formada es totalmente desconocida. Esa esfera, que Iván confesó haber hallado entre sus tomateras, el jueves por la tarde, cayó del

cielo. Sospecho que vino de muy lejos, aunque ignoro cómo. Con el microscopio hemos descubierto que la esfera está recubierta de una especie de polen. Y ese extraño polvillo fecundante es el culpable de todo. Se adhirió a las manos de Iván, cuando él la tomó, y por la noche, mientras Iván dormía, se produjo la horrorosa transformación de sus manos, que ahora son dos seres vivos, independientes, que obligan a Iván a hacer lo que ellos quieren.

—Qué espanto. Dios mío… —musitó Milton Derek.

—Destruir la esfera y acabar con el misterioso polen que la recubre, no será difícil —aseguró el doctor Zajec—. Pero hay que encontrar y apresar a Iván Kotur. Tenemos que impedir que ataque a nuevas personas y las deje sin sangre, que esos horribles seres que viven al final de sus brazos sigan alimentándose y desarrollándose. Cuanto más tardemos en localizarle, más difícil será reducirlo.

—Esperemos que mis hombres lo encuentren pronto, doctor —suspiró el capitán Lynch.

—¿Es seguro que abandonó el Centro Médico, doctor Zajec? —preguntó Milton.

—Sí, por la ventana de su habitación, como le he dicho antes.

—El hecho de que la ventana estuviese abierta, no significa necesariamente que Iván Kotur haya abandonado el Centro Médico, doctor. Pudo salir por esa ventana y entrar por otra. O a lo mejor no salió por la ventana, sino por la puerta, y dejó abierta la ventana para despistar.

El doctor Zajec y el capitán Lynch cambiaron una mirada.

—¿Tendrá razón Milton, capitán Lynch…?

—No lo sé, doctor.

—Registremos el edificio, capitán —sugirió el pintor—. Solo así podremos salir de dudas.

—Vamos —dijo Lynch, y él, Milton Derek, el doctor Zajec, y la pareja de oficiales que acompañaban al jefe de la policía de Laser City empezaron a recorrer las numerosas salas y habitaciones del Centro Médico.

Las sospechas de Milton Derek iban a quedar muy pronto confirmadas, pues, efectivamente, Iván Kotur continuaba en el Centro Médico.

Había escapado por la ventana de su habitación, sí, pero consciente de que hallándose completamente desnudo no podría llegar muy lejos sin ser descubierto, Ivan se había colado de nuevo en el edificio por una ventana que encontró entreabierta.

Aquella ventana correspondía a la habitación que utilizaban las enfermeras del Centro para cambiarse de ropa cuando llegaban a él y cuando lo abandonaban.

Aparte de los armarios, todos ellos numerados y cerrados con llave, había cuatro duchas y otros tantos lavabos, así como un par de inodoros, encerrados en sendas cabinas sin techo.

Iván Kotur se ocultó por el momento de una de las cabinas, cuya puerta cerró por dentro, y se dispuso a esperar allí la llegada de la noche.

En cuanto oscureciera, intentaría abandonar el Centro Médico, amparándose en las sombras.

Llevaría unos quince minutos encerrado en la cabina, cuando oyó que la puerta de la habitación se abría y alguien entraba en ella, tarareando una canción.

Iván se agarró con sus tentáculos a la pared que unía las dos cabinas y se aupó silenciosamente, hasta asomar la cabeza por encima de la puerta de su cabina, pero ligeramente, lo justo para observar a la chica que acababa de entrar y no ser descubierto por ella.

Se trataba de una muchacha muy joven, apenas dieciocho o diecinueve años de edad. Tenía el pelo castaño, un rostro agraciado y una bonita figura, que su corto y ceñido uniforme de enfermera se encargaba de realzar.

Iván la vio extraer una pequeña llave del bolsillo derecho de su uniforme y dirigirse a uno de los estrechos y alargados armarios, cuya puerta abrió.

Seguidamente, la muchacha se despojó del uniforme y quedó en pantaloncitos, los cuales también se quitó, después de descalzarse. Entonces, extrajo una toalla del armario y así, luciendo su maravillosa desnudez, caminó hacia las duchas.

Iván presenció cómo la joven enfermera se ponía debajo de una de ellas, soltaba el agua y, siempre canturreando, refrescaba su esbelto cuerpo.

Cinco minutos después, la muchacha cerraba la llave del agua y

procedía a secarse con la toalla, sin prisas, porque su jornada de trabajo había terminado. Con el cuerpo seco y fresco, se dirigió a su armario, para ponerse la ropa de calle y abandonar el Centro Médico.

Fue entonces cuando Iván Kotur entró en acción, impulsado, como en los casos anteriores, por la insaciable sed de sangre humana que tenían aquel par de seres horribles que tenía por manos.

Por brazos, sería mejor decir, pues se habían desarrollado tanto que sus cabezas estaban ya a la altura del codo.

Iván se izó hasta lo alto de la pared que unía las dos cabinas y desde allí se arrojó sobre la enfermera, a la que sorprendió por la espalda.

La muchacha cayó al suelo, dando un grito.

No pudo dar más.

Su garganta estaba siendo ya apretada con fuerza por los rojos tentáculos que se desarrollaban en el brazo derecho de Iván Kotur.

La enfermera se estremeció de dolor cuando la boca del pulpo mordió con saña su cuello y los dientes, mucho más grandes ahora que antes, se hundieron en su carne, desgarrándola y haciendo brotar un torrente de sangre.

El siguiente mordisco, no menos cruel y doloroso, lo sintió la muchacha en su pecho izquierdo, y todo su cuerpo volvió a temblar de sufrimiento.

La enfermera nada pudo hacer por librarse de aquel horrible tormento, y los terribles mordiscos se sucedieron en su cuello y en sus senos, mientras las espantosas bocas de los pulpos se afanaban por absorber toda la sangre que escapaba de las heridas y sus rojizos cuerpos se desarrollaban más y más.

CAPÍTULO XII

El capitán Lynch, el doctor Zajec, Milton Derek y los dos oficiales de policía se detuvieron frente a una puerta, que el primero se dispuso a abrir.

—Un momento, capitán —rogó el jefe del Centro Médico, sujetándole el brazo.

—¿Qué ocurre? ¿No podemos entrar aquí, doctor Zajec? —preguntó Lynch.

—Sí, claro que podemos entrar. Pero debemos llamar antes.

—¿Por qué?

—En esta habitación se cambian de ropa las enfermeras —explicó Zajec—. Y algunas se duchan…

—Oh, entiendo —carraspeó Lynch, y dio unos golpes en la puerta.

Dejaron transcurrir un minuto.

Como nadie acudía a abrir, el doctor Zajec dijo:

—No debe de haber nadie. Entremos, capitán Lynch.

El jefe de policía de Laser City abrió la puerta y entró en la habitación, seguido del doctor Zajec, Milton Derek y la pareja de oficiales.

Al instante descubrieron el cuerpo desnudo y ensangrentado de la enfermera, tirado en el suelo, el cuello y los senos literalmente destrozados a mordiscos.

Los cinco hombres se quedaron parados y todos ellos palidecieron sensiblemente.

—Dios, otra víctima más… —musitó el doctor Zajec, cerrando un instante los ojos.

—Tenías razón, Milton —murmuró el capitán Lynch—. Iván Kotur no abandonó el Centro Médico, sigue en él. Ahí tenemos una buena muestra de ello…

Milton Derek empuñó su pistola de rayos caloríficos y avanzó

hacia el par de cabinas, cuyas puertas permanecían cerradas. El capitán Lynch y sus hombres le siguieron, igualmente con sus armas prestas.

Milton abrió una de las puertas, con mucha precaución.

La cabina estaba vacía.

El capitán Lynch trató de abrir la otra puerta, pero no pudo, estaba cerrada por dentro. Lynch hizo una indicación a sus hombres y estos cargaron contra la puerta, derribándola. Aquella cabina también estaba vacía.

Milton Derek adivinó:

—Iván Kotur se hallaba oculto en esta cabina cuando la enfermera entró a cambiarse de ropa. Por eso la puerta estaba cerrada por dentro. Iván esperó a que la muchacha se desvistiera y entonces la atacó, saltando desde arriba. De ahí que la puerta siguiera cerrada.

—¿Y después…? —habló el doctor Zajec.

—Se marchó por donde había entrado. Por la ventana —el pintor la señaló—. Pero seguro que poco después se colaba por otra. Iván sabe que es más difícil que le descubran en el Centro Médico que fuera de él. Mientras sea de día, al menos.

—Pronto anochecerá —observó el capitán Lynch.

—Yo haría venir a todos sus hombres, capitán —sugirió Milton —. Si rodean el edificio, Iván no podrá escapar.

—Milton tiene razón, capitán Lynch —opinó el doctor Zajec—. Llame a sus hombres, los necesitamos a todos aquí.

Lynch vaciló.

—No es seguro que Iván Kotur continué en el edificio, doctor Zajec.

—Pero es más que probable —repuso Milton.

El capitán Lynch dio una cabezada de asentimiento.

—De acuerdo, los haré venir a todos.

Ryszard Podias era uno de los pacientes internados en el Centro Médico de Laser City. Ocupaba la habitación 224, y había sido operado recientemente de apendicitis, por lo que todavía se hallaba débil y no se le permitía levantarse de la cama.

Con Ryszard Podias, que contaba treinta y cuatro años de edad,

y era un tipo más bien bajo y delgado, con cara de ser un rato pillo con las mujeres, se hallaba Galina, una de las enfermeras, que rondaba los veinticinco años y llevaba el pelo teñido de azul.

—¿Desea alguna cosa, señor Podias? —preguntó, con una suave sonrisa en sus rojos e incitantes labios.

—Que me hagas compañía, Galina —respondió el paciente sonriéndole a su vez.

—¿No se siente bien?

—Cuando tú estás conmigo, sí.

La enfermera ensanchó su sonrisa, halagada.

—Es usted un hombre muy galante, señor Podias.

—Deja ya de llamarme señor Podias, ¿quieres?

—¿Cómo desea que le llame?

—Ryszard.

—Muy bien, le llamaré Ryszard.

—Y tutéame.

—Eso sí que no.

—¿Por qué?

—Si el doctor Zajec se enterase, me reñiría. No quiere que las enfermeras nos tomemos libertades con los pacientes.

—¿Y los pacientes con las enfermeras…? —preguntó muy cucamente Ryszard Podias.

—Bueno, ahí se muestra algo más tolerante —sonrió Galina—. El doctor Zajec quiere que los pacientes se sientan muy a gusto en el Centro Médico.

—Siéntate aquí, Galina.

—¿En la cama…?

—Sí.

La enfermera titubeó.

—No sé si…

—¿No acabas de decir que el doctor Zajec quiere que los pacientes se sientan a gusto en el Centro Médico?

—Sí.

—Pues yo me sentiré muy a gusto si tú te sientas en el borde de mi cama, Galina.

La enfermera sonrió.

—De acuerdo, me sentaré. Pero solo un momento, ¿eh?

—Gracias, preciosa.

Galina se sentó y, debido a la brevedad de su uniforme, sus tentadores muslos quedaron casi totalmente al descubierto.

Los ojillos de Ryszard Podias se posaron inmediatamente allí.

Un par de segundos después, era su mano derecha lo que se posaba sobre los excitantes muslos femeninos.

—Señor Podias… —fue a protestar la enfermera.

—Ryszard —recordó el paciente, con una contagiosa sonrisa, al tiempo que oprimía suavemente uno de los muslos.

—Me está tocando las piernas, Ryszard.

—Oh, no lo digas así, que suena más bien feo.

—Es que está feo.

—¿Qué tiene de malo que acaricie con suavidad tus hermosas piernas?

—Si el doctor Zajec entrara en este momento…

—Le diría que me siento muy a gusto y él se pondría muy contento.

La enfermera no pudo reprimir una risita.

—Es usted terrible, Ryszard.

—No te importa que te acaricie, ¿verdad?

—No, pero no creo que sea bueno para usted.

—¿Por qué?

—Está débil todavía, y no le conviene excitarse.

—¿Quién se excita?

—Usted.

—¿Cómo lo sabes?

—Tiene las orejas muy rojas.

Ryszard Podias rio, pero no retiró su mano de los muslos femeninos, que recorría una y otra vez mientras hablaba.

—Que se le va a abrir la herida, Ryszard… —advirtió la enfermera.

—No digas tonterías, preciosa, y dame un beso.

—¿Que le dé un beso…?

—¿No quieres?

—Naturalmente que no.

—¿Porque soy bajito y feo?

—No es tan bajito. Y no es feo.

—En una ocasión me dijeron que tengo cara de bellota.

La enfermera no pudo contener la risa.

—Eso no es verdad, Ryszard.

—¿Seguro?

—Tiene usted una cara muy simpática, créame.

—Si fuera verdad, no me negarías el beso.

—Hombre, es que un beso…

—Está bien, no me lo des. Pero si me pongo peor a causa del disgusto, tú tendrás la culpa.

—Es usted un zorro, Ryszard.

—Y tú una chica preciosa, Galina.

—Le daré el beso.

—Muchas gracias.

—Pero luego me marcharé, ¿eh? Que una no es de piedra y sus caricias en mis piernas me están poniendo ganosa.

—Que sea largo —pidió el paciente.

—¿El qué?

—El beso, mujer. Así recordaré el sabor de tus labios más tiempo.

—Cuando yo digo que usted es un zorrón, Ryszard… —rio la enfermera, y se inclinó sobre él para besarle.

Apenas sus bocas se unieron, Ryszard Podias abrazó a Galina con su brazo izquierdo y su mano derecha se mostró mucho más activa y audaz, llegando a rozar con sus dedos la prenda íntima de la enfermera.

Ella pareció que iba a interrumpir el beso y erguirse, pero el experto Ryszard le mordisqueó sabiamente los labios y le deslizó la lengua por entre ellos, produciendo en Galina una sacudida erótica.

La enfermera, excitada, permitió que Ryszard siguiera besándola de aquel modo tan enervante y tampoco impidió que la mano de él alcanzara su intimidad.

Por hallarse ambos tan entusiasmados con el beso y las caricias, no vieron que por la entreabierta ventana surgían unos tentáculos de pulpo, muy rojos, los cuales se deslizaron silenciosamente hacia el interior de la habitación.

Después, asomó una cabeza.

La de Iván Kotur, naturalmente.

Con aquella expresión de loco que últimamente le caracterizaba, Ivan abrió un poco más la ventana y se coló sigilosamente en la habitación.

Ryszard y Galina seguían besándose, totalmente ajenos al peligro que corrían.

Iván Kotur avanzó lentamente hacia ellos.

Los pulpos que sustituyeran a sus manos se habían desarrollado extraordinariamente desde que sus bocas absorbieran toda la sangre de la enfermera que Ivan atacara un rato antes, en la habitación donde ella se desvistiera y se duchara.

Iván ya no tenía brazos.

Las cabezas de los pulpos, grandes ahora como sandías, estaban a la altura de los hombros, sustituyendo a estos, y sus tentáculos medían ya alrededor de un metro de largos, por ocho o diez centímetros de grosor.

Verdaderamente horripilante.

Iván Kotur estaba ya junto a la cama.

Ryszard Podias fue el primero en descubrirle y sus ojos se agrandaron tanto que casi triplicaron su tamaño. Sin embargo, no fue capaz de reaccionar. El terror le tenía paralizado.

Galina se dio cuenta de que los labios y las manos del paciente se quedaban repentinamente fríos y empezaban a temblar, y se asustó mucho, temiendo que, a causa de su excitación, Ryszard Podias se hubiese puesto muy malo.

La enfermera levantó la cabeza, y fue entonces cuando descubrió a Iván Kotur, completamente desnudo y con aquel par de horribles pulpos rojos en lugar de brazos, Galina quiso chillar, con todas sus fuerzas, pero los tentáculos de uno de los pulpos cayeron sobre ella y se enroscaron a su cuello, atenazándoselo.

Los tentáculos del otro pulpo cayeron sobre el paralizado Ryszard Podias e hicieron lo propio con su cuello.

Fue el principio del fin para el paciente y la enfermera.

CAPÍTULO XIII

Los hombres del capitán Lynch, siguiendo las instrucciones de este, rodeaban ya el Centro Médico.

Mientras tanto, el capitán Lynch, Milton Derek, el doctor Zajec, y varios oficiales de policía, divididos en cuatro grupos de cinco personas, registraban de arriba abajo el edificio.

El grupo formado por Lynch, Derek, Zajec y dos de los oficiales, fue quien descubrió los cuerpos sin vida de Ryszard Podias y Galina, al entrar en la habitación 224.

La impresión fue terrible, pues, al haberse desarrollado tanto las bocas y los dientes de la pareja de pulpos, con sus mordiscos casi habían seccionado los cuellos de Ryszard y Galina, amén de haber destrozado, hasta casi hacerlos desaparecer, los pechos de la atractiva enfermera.

Los dos cadáveres yacían sobre la cama, ensangrentados, la chaqueta de pijama de Ryszard hecha jirones, así como la bata de enfermera de Galina.

El doctor Zajec, pálido como un difunto, adivinó:

—Ese par de horrorosos seres que viven ahora en el cuerpo de Iván Kotur se han desarrollado tanto, con la sangre absorbida a sus víctimas, que deben de ser ya monstruosos. No hay más que ver cómo dejaron los cuerpos de estos dos desgraciados…

Milton Derek encajó las mandíbulas.

—Sigamos buscándole, capitán Lynch. ¡Tenemos que dar con él, maldita sea!

—Vamos —masculló roncamente el jefe de policía de Laser City.

Otro de los grupos estaba registrando en aquel momento la sala en la que se guardaban los aparatos y los instrumentos quirúrgicos.

Allí se había ocultado Iván Kotur, después de asesinar a Ryszard y Galina y absorber toda la sangre de sus cuerpos.

Cuando los cinco oficiales de policía le descubrieron, ya era

tarde para reaccionar. Iván no les dio tiempo.

¿Iván…?

No, de Iván Kotur ya no quedaba nada.

La pareja de pulpos rojizos se habían desarrollado tanto tras absorber la sangre de Ryszard y Galina, que sus cabezas se habían unido y fundido en una sola, haciendo desparecer la cabeza de Iván, así como su tórax, la parte media de su cuerpo, y sus extremidades inferiores.

Ni rastro, pues, de Iván Kotur.

Se había transformado en un pulpo gigantesco, rojo como la sangre que le servía de alimento, con diez escalofriantes tentáculos, un par de ojos horribles, y una boca espantosa, cuyos terroríficos dientes empezaron a devorar literalmente a los cinco policías.

El capitán Lynch se mantenía en contacto con todos sus hombres, por medio de un reducido telecomunicador portátil, y al perder dicho contacto con uno de los grupos que estaban registrando el Centro Médico, se alarmó.

—¡Deben de haber encontrado a Iván Kotur!

—¿Y por qué no responden? —se preguntó el doctor Zajec.

—Tal vez no puedan, doctor —adivinó Milton Derek—. ¡Vamos con ellos, capitán Lynch!

—¡Sí, corramos!

Se lanzaron todos hacia el sector del Centro Médico que estaba siendo registrado por el grupo de oficiales que había perdido el contacto con el capitán Lynch.

Apenas alcanzar el corredor en el cual se hallaba la sala donde se ocultaba el monstruoso pulpo rojo, vieron correr por él a una enfermera.

—¡Doctor Zajec!… ¡Doctor Zajec!

—¿Qué ocurre?

—¡Se oyen gritos en la sala del material quirúrgico! ¡Unos gritos espantosos! —informó la enfermera.

—¡Corramos hacia allí! —indicó el capitán Lynch.

Los cinco hombres volaron hacia la sala del material quirúrgico.

El capitán Lynch abrió la puerta.

Tanto él, como Milton Derek, el doctor Zajec y la pareja de

oficiales, se quedaron helados de horror al contemplar la escena.

El gigantesco pulpo rojo tenía atrapados con sus gruesos tentáculos a los cinco policías que le descubrieran y los estaba destrozando con sus enormes dientes.

La escalofriante bestia, al ver aparecer un nuevo grupo de seres humanos, emitió un poderoso rugido y soltó los desgarrados cuerpos de los hombres que estaba devorando, para atacar a los que acababan de llegar.

—¡Disparad…! —chilló el capitán Lynch, accionando su pistola de rayos láser.

Milton Derek apretó también el gatillo de su pistola de rayos caloríficos, mientras que la pareja de oficiales hacía lo propio con sus subfusiles de rayos ultravioleta.

El doctor Zajec, que no empuñaba arma alguna, retrocedió, aterrado.

El alucinante pulpo rugió de dolor al ser alcanzado por los disparos, pero también sus largos tentáculos alcanzaron a algunos de los hombres que intentaban acabar con él. A los dos oficiales de policía, concretamente, de los cuales tiró como si fueran simples muñecos de paja.

El capitán Lynch y Milton Derek se libraron de ser atrapados por el aterrador pulpo porque se dejaron caer de rodillas al suelo, burlando así sus terribles tentáculos.

Lynch y Derek siguieron disparando sobre el gigantesco animal, abrasando su cabezota, sus enormes ojos, su monstruosa boca…

El colosal pulpo, cuya vida se escapaba por segundos, lanzaba unos rugidos ensordecedores y se retorcía a cada disparo que recibía, encogiendo y distendiendo sus poderosos tentáculos.

Para no verse atrapados por ellos, el capitán Lynch y Milton Derek retrocedieron, pero sin dejar de disparar.

El horripilante ser estaba vencido, pero mientras siguiese con vida, mientras pudiese mover sus tentáculos, era tremendamente peligroso.

El pulpo rojo se desplomó finalmente y, poco a poco, sus largos tentáculos fueron quedándose quietos, al tiempo que iban remitiendo los rugidos de la bestia.

Algunos segundos después, el monstruoso ser era ya cadáver.

Había sido derrotado, pero él había vendido muy cara su

derrota.

Siete oficiales de policía yacían junto al pulpo muerto, destrozados por sus terroríficos dientes y triturados por sus poderosos tentáculos.

Logrado lo más importante y lo más difícil, acabar con el monstruoso pulpo rojo, el doctor Zajec procedió a destruir la maldita esfera que encontrara el infortunado Iván Kotur entre sus hermosas tomateras.

La esfera fue desintegrada totalmente con rayos láser, desapareciendo igualmente el extraño polvillo fecundante que la recubría, y que convirtiera las manos de Iván Kotur en dos pequeños y rojizos pulpos al adherirse a ellas.

Con la destrucción de la hermosa y fulgurante esfera, terminó aquella especie de horrible pesadilla que habían vivido algunos de los habitantes de Laser City, y que había costado la vida a doce de ellos, nada menos.

EPÍLOGO

Milton Derek se despidió del capitán Lynch y del doctor Zajec, se colocó el cinturón-cohete, y regresó a su casa.

Mientras sobrevolaba la ciudad, se preguntó si Yara Tyler seguiría dormida o se habría despertado ya.

Lo último.

El pintor lo descubrió al entrar en su dormitorio y hallar la cama vacía. El rumor de la ducha le reveló que Yara Tyler se encontraba en el cuarto de baño, y Milton Derek fue hacia allí. Como la puerta estaba entornada, la empujó ligeramente y asomó la cabeza por el hueco.

Contempló a su modelo, desnuda bajo la ducha.

Ella lo miró a su vez.

Y cómo lo miró…

Milton carraspeó ligeramente.

—Yara…

La muchacha cerró la llave del agua, atrapó una toalla y empezó a secarse el cuerpo, en silencio, aunque sin dejar de desintegrar al pintor con la mirada.

Milton acabó de abrir la puerta y entró en el cuarto de baño.

—¿Te sientes mejor, Yara?

—Me siento fatal.

—Lo lamento de veras.

—No seas cínico.

—¿Por qué me llamas cínico?

—¡Tú me emborrachaste!

Milton movió la cabeza.

—Te equivocas, Yara.

—¿Cuántos marcianitos me hiciste tomar? ¿Tres? ¿Cuatro? ¿Cinco?

—S0lo tomaste uno.

—¡Un solo marcianito no me hubiera tumbado!
—Si te lo hubieras tomado poco a poco, no. Pero como te lo tomaste de golpe…
—¿De golpe? —respingó la joven.
—Sí, de un solo trago.
—¿Y por qué hice eso?
—Fue culpa mía.
—Me obligaste tú, ¿eh?
—No, no… Sucedió que se me ocurrió gastarte una broma, y tú…
—¿Qué clase de broma?
—¿No lo recuerdas, Yara?
—No recuerdo nada, mi cabeza está como embotada —se oprimió las sienes la muchacha, que ya había acabado de secarse el cuerpo y se había envuelto con la toalla.
—Verás, nos besamos, y cuando separamos nuestros labios, yo dije que no había notado que tu boca devolviera mi beso. No era cierto, pero se me ocurrió decirlo para picarte y que me besaras otra vez. Sin duda te piqué demasiado y te atizaste de un solo trago el marcianito. Después, ya bajo los efectos del alcohol, me besaste y…
—¿Y…?
—Bueno, hiciste y dijiste algunas tonterías. Eso es normal en las personas que…
—¿Qué hice y qué dije, Milton?
—¿De veras quieres saberlo?
—Sí.
—Bien, pues dijiste que tenías calor y te lo quitaste todo menos el pantaloncito.
—Y tú te aprovechaste, ¿no?
—Bueno, confieso que me fue muy difícil controlarme, porque tú no parabas de besarme, de abrazarme, de pedirme que te acariciara y que te hiciera el amor… —carraspeó Milton.
Yara Tyler enrojeció intensamente.
—¿Todo eso hice…?
—Sí. Pero tranquilízate, no pasó nada. Te tomé en brazos, te llevé a mi cama y te quedaste dormida al instante.
—¿Sin que tú…?
—Acabo de decirte que no ocurrió nada, Yara. Me hubiera

encantado hacerte el amor, pero no eras dueña de tus actos y en ese estado no podía ni debía tocarte. Puedes creerme o no, pero te juro que es la verdad.

La muchacha sonrió levemente.

—Te creo, Milton. Y te doy las gracias por haberte comportado de un modo tan noble.

—¿Quieres que te cuente porque tuve que marcharme?

—¿Te llamó el capitán Lynch?

—Sí.

—Cuéntamelo todo, Milton.

—Vayamos al *living* —sugirió el pintor.

Se trasladaron allí, se sentaron en el sofá y Milton informó a Yara con detalle.

—¡Qué espanto, Dios mío! —exclamó la joven, horrorizada.

—Sí, fue realmente horroroso —suspiró el pintor—. Pero, afortunadamente, el peligro ha pasado ya. El monstruoso pulpo está muerto y la maldita esfera ha sido destruida.

—Tú también pudiste haber muerto, Milton…

—¿Lo hubieras sentido mucho?

—Claro.

El pintor le cogió una mano.

—Yara…

—¿Qué?

—Cuando te hallabas bajo los efectos del marcianito, dijiste que te habías enamorado de mí.

—Una tontería más.

—¿No es cierto?

—Naturalmente que no.

—Es una pena.

—¿Por qué?

—Porque yo sí me estoy enamorando de ti, Yara.

—No puedo creerlo. Que desees hacerme el amor, sí, pero no que sientas por mí algo distinto a lo que sentías por Wendy Nash y por las otras muchas mujeres que han compartido tu cama una o varias veces.

—Tú no eres como ellas, Yara.

—¿En qué me diferencio?

—En muchas cosas.

—No quiero que me engañes, Milton. Si deseas acostarte conmigo, dímelo y tal vez acepte, porque tú me agradas. Pero no me hables de amor si no lo sientes, por favor, que yo también podría sentirlo por ti entonces…

El pintor unió su boca a la de ella y no dejó que hablara más.

Los labios de Yara, temblorosos, devolvieron el beso, tierno y cálido, profundamente sincero.

Milton la cogió suavemente por los hombros y la miró a los ojos.

—Yara, te hablo de amor porque lo siento, y tú también lo sientes por mí, aunque te resistas a confesarlo.

—Es cierto, Milton. Pero no quiero ser una más para ti.

El pintor volvió a besarla tiernamente y aseguró:

—No serás una más, serás la única. ¿Y sabes por qué?

—Dímelo.

—Porque vamos a casarnos, Yara.

—¡Milton…!

—¿Quieres ser mi esposa?

—¡Claro!

Volvieron a besarse y se abrazaron apretadamente.

Milton soltó la toalla y Yara quedó con el pecho desnudo.

Las manos del pintor acariciaron con suavidad los bellos senos femeninos, que temblaron de gozo bajo sus dedos.

Un par de minutos después. Yara Tyler susurraba:

—Vamos a la cama, Milton.

—¿Sin cenar?

—Ya cenaremos después —sonrió Yara, con deliciosa malicia.

Milton Derek, que había mencionado lo de la cena en broma, naturalmente, cogió en brazos a su modelo y futura esposa y la llevó a su dormitorio, para continuar allí con lo que no había hecho más que comenzar.

F I N